

KARL KRAUS

En esta gran época

De cómo la prensa liberal engendra una guerra mundial

DIE FACKEL

EN ESTA GRAN ÉPOCA

Kraus, Karl

Sinopsis

Este volumen recoge algunos de los mejores textos con los que el inefable Karl Kraus registró desde su revista 'La antorcha' el siniestro proceso por el cual la Primera Guerra Mundial llegó a ser un gran negocio técnico y cultural.

Autor: En esta gran época
ISBN: 2462095295725797259
Generado con: QualityEbook v0.62

En esta gran época

De cómo la prensa liberal engendra una guerra mundial

Karl Kraus

Estudio preliminar

M. G. Burello

Karl Kraus y La antorcha

En 1896 volvía a encenderse, cerca de Atenas, la antorcha olímpica; aunque ya incubaba una catástrofe, el *fin-de-siécle* europeo se quería moderno, elegante, y cosmopolita. Tres años después, un actor aficionado y cronista frustrado por voluntad propia se hartaba del medio periodístico local, con el que venía colaborando a regañadientes, y encendía otra antorcha en su amada Viena: la revista *Die Fackel* ("La antorcha"), una publicación inclasificable e idiosincrásica, que alardeaba de su carácter *sui generis* tanto en el aspecto externo como en el interno. El personaje en cuestión era Karl Kraus (1874-1936), que además de ser el director de la revista, era el redactor casi único (a partir de diciembre de 1911, en efecto, todo lo escribió él), y en un gesto de independencia radical, también terminó siendo el dueño de su propia editorial. La periodicidad anunciada inicialmente en la tapa fue cambiando, y en rigor rara vez se cumplió, oscilando entre momentos de extrema productividad y pausas de largo silencio, en general producto de que este tornadizo editor, como buen intelectual público y polémico que era, estaba ocupado con otras faenas afines (compilaciones, recitaciones, conferencias, traducciones), o simplemente deprimido. De hecho, los largos paréntesis sostenidos en 1914, ante el estallido de la guerra, y en 1933, ante la toma del gobierno germánico por parte de Hitler,

constituyeron dos grandes instancias de lo que en alemán se conoce como "silencio elocuente".

Más allá de sus excentricidades y de su incuestionable originalidad, cabe aclarar que la figura de Kraus no era ciertamente una *rara avis* dentro del contexto al que pertenecía. Su ejemplo inspirador de autonomía periodística fue Maximilian Harden, también un actor frustrado y también un judío enemistado con el judaísmo de la época, que desde 1892 publicaba en Berlín su polémico *Die Zukunft* ("El futuro"), y de quien Kraus renegaría en 1907 con motivo de los escándalos que Harden promovía ventilando datos privados de figuras públicas.[1] Y existía al menos un precursor *par excellence* del periodismo crítico y satírico en Austria: Ferdinand Kürnberger, en cuyo estilo -y en cuyo calvario político, incluso- Kraus siempre quiso ver un antecesor de sangre (a tal punto que llegó a publicar viejos escritos polémicos de Kürnberger en su revista[2]). No obstante, la transparencia de las fuentes en las que abrevó no quita el hecho de que Kraus es y será por siempre el más acabado modelo del *Publizist* o "periodista de opinión", y más aún, del periodista metaperiodístico, y más específicamente todavía, antiperiodístico. Sus temas esenciales parten de la toma de conciencia de la problemática que la propia prensa supone para el hombre moderno: el borramiento de límites entre lo privado y lo público[3] y la tremenda influencia sobre la praxis vital (y *afortiori*, sobre la cultura y la política en general).[4] Judío con trazas de antisemita y converso y renegado del cristianismo, periodista a la caza de periodistas, quintaesencia de Viena y vienés por adopción (pues su suelo natal era la ciudad bohemia de Jitcin, hoy Gitschin, en la República Checa), personaje de altísimo perfil y enfadado con casi todas las instituciones de la vida social, "El odio que Kraus siente por los periodistas [...] tiene que tener raíces en su propio ser", ha dicho Benjamín en su certero retrato,[5] y lo mismo puede decirse de cada uno de sus desplantes, de sus enojos, de sus denuncias.

Lo cierto es que para comprender el sentido y los alcances del momento fundacional de *La antorcha* es preciso reponer los contornos, siquiera, del horizonte sociopolítico que enmarcara ese verdadero *tour de forcé*. En la *Mitteleuropa*, y más puntualmente en el doble Imperio Austro-húngaro, 1898 está pautado por el asesinato de la tragicómica emperatriz Isabel -más

conocida como “Sisi”- y por la institucionalización del movimiento sionista gracias a la prédica de Theodor Herzl. En un marco más general, hay que mencionar algunos sucesos concretos que ponían bajo la lupa el papel del periodismo, como el *affaire* Dreyfus (que aunque no se resolvería judicialmente hasta 1906, tuvo su punto álgido en 1898, cuando Émile Zola decidió entrar de lleno en el debate), y la guerra hispano- estadounidense que desembocaría en la independencia de Cuba (una guerra primero promovida y luego cubierta por el zar de la prensa R. W. Hearst, el “ciudadano Kane” que muchos años después satirizaría Orson Welles en su film). Y es que mientras que el siglo de rígida paz europea pergeñado por Metternich tras la derrota de Napoleón comienza a entonar su canto de cisne, es evidente que un nuevo factor de poder ha emergido: la prensa, portavoz -¿o promotor?- de la opinión pública. Por mucho que el propio Kraus legitime sus ataques al periodismo apelando a una genealogía decimonónica (con autores tan heterogéneos y célebres como Balzac, Kierkegaard, Ferdinand Lasalle, etc.), resulta innegable que es recién en la última década del siglo XIX que el periodismo adquiere el relieve y el impacto que hoy le conocemos y que le ganaron el mote de “cuarto poder”: capaz de instalar y derrocar gobiernos y de provocar y evitar guerras, el primer medio masivo de comunicación muestra de lleno sus filosos dientes en la transición entre el XIX y el XX, cuando ya ha alcanzado una verdadera dimensión internacional y una penetración entre todas las capas sociales. La “larga revolución” (Raymond Williams) de la cultura ilustrada ha consumado por entonces su propósito fundamental de alfabetizar a todos e intercomunicarlos, pero su inherente dialéctica pronto refuncionaliza el aparato periodístico y lo pone al servicio del oscurantismo; llegado el caso, a la noticia pueden sustituirla el “trascendido” y el rumor, y a falta de un hecho bien puede haber un “factoide”.[6]

En el periodista, a quien famosamente definiera como "aquel que no tiene una idea pero puede expresarla",[7] Kraus veía a su mayor adversario. Le preocupaban menos los criminales y los políticos corruptos que los malos periodistas (que para él, a decir verdad, eran todos), y en un típico gesto de amor y odio que se retroalimentan, no paraba de leer ávidamente los periódicos en busca de encontrarles fallas y vicios a redactores,

columnistas, cronistas, ¡e incluso los anunciantes publicitarios![8]Gustaba referirse a esas tristes figuras, los periodistas, bajo el apodo de “Schmock” (que recuerda a la idéntica expresión en idish, la cual -alusión procaz mediante- vale por “estúpido” o “inútil”), en honor al homónimo personaje de la pieza *Los periodistas* (1853) del escritor alemán Gustav Freytag. En dicha obra, Schmock es un periodista fracasado, que con el fin de subsistir pone su pluma al servicio de la causa más rentable, cual moderno Protágoras. Para Kraus, el personaje era la encarnación de un cierto tipo dramático, así como hablamos de un Tartufo o de un Shylock; en este caso, el tipo del periodista mediocre y mercenario. "Hablar y pensar son lo mismo, y los Schmocks hablan de forma tan corrupta como piensan; y escriben -así ha de ser, según aprendieron- como hablan", señaló tajantemente.[9]

Pero más que una deformación profesional, el Schmock es un síntoma de un mal ominoso y extendido: la corrupción del lenguaje, y esa corrupción equivale para él -como luego lo hará para Victor Klemperer- a la degeneración moral e intelectual del ser humano. En paralelo a la sistematización lingüística por parte de Saussure y a la fundamentación del “escepticismo lingüístico” por parte de F. Mauthner (que a la sazón derivará en el intento de depuración del lenguaje por parte de Wittgenstein), y mucho antes de que Heidegger denuncie al hombre como víctima de las “habladurías” en que se pierde, Kraus no vacila en señalar que la lengua ha muerto y se ha petrificado bajo la forma de la *Phrase*, término de uso peyorativo y que vale por “frase hecha” o “tópico”. La frase hecha es la forma esencialmente mercantil con que la mecanización y la masificación de la vida se apropian de la cultura, hasta transformar la vida de la gente en un subproducto trivial. Si en el ápice del esteticismo decimonónico Oscar Wilde había señalado que la vida imita al arte, Kraus constata a principios del siglo siguiente que "la vida es sólo la forma impresa de la prensa".[10] Y es a esa fabricación en serie de textos que Kraus le contestó con lo mejor de su arsenal retórico y poético, haciendo gala de una agudeza y una precisión lingüística rara vez vista antes, y que para el mundo de los medios masivos de comunicación sigue siendo una cumbre insuperable. Al anunciar su paso de las *Klagen* ("quejas") a las *Anklagen* ("denuncias"), o al lamentar la

Usurpation der Werte durch Worte ("usurpación de los valores por obra de las palabras"), Kraus iba mucha más allá de los meros juegos de palabras: ponía el humor lingüístico -tan caro a la tradición judía, por mucho que le pesara- al servicio de una sistemática campaña intelectual y moral contra la sociedad. El "máximo escritor satírico de expresión alemana" -como lo designara su confeso discípulo Elias Canetti-[11] sabía bien que para un indignado hombre de ingenio siempre se aplica el célebre aforismo de Lichtenberg según el cual *dijficile est satyram non scribere* (“es difícil no escribir sátiras”), pero hay algo en la sagacidad y la exhaustividad de Kraus que casi asustan. La percepción de los males específicos de su tiempo -que irónicamente designa la “gran época”- y la detección de los síntomas propiamente locales lo muestran como un fiscal infalible. Para él, su época es la peor época, y su país, el peor país; de esta convicción se desprende una concentración -y también una saña- difícil de remedar. Así como Tolstoi aconsejara al artista que retrate su aldea para llegar a ser universal, Kraus da por sentado que el mundo se reduce a Viena y que la historia humana se juega a principios del siglo XX. A veces, para verificar su vigencia y su amplitud basta tomar las observaciones acotadas a su contexto espacio-temporal y ampliarlas a toda la reciente historia occidental. Por ejemplo: "*Austria in orbe ultima:*[12] en un mundo engañado, Austria es la que más sigue creyendo. Es la más voluntaria víctima de la opinión pública [*Publizitat]*, en la medida en que no sólo cree en lo que se imprime, sino que también cree en lo opuesto si también se lo imprime. [...] Austria no tiene memoria. Nada puede hacerle perder el equilibrio, porque vive en una continua agitación".[13] Huelga comparar estas observaciones sobre la Austria de entonces con la experiencia moderna en general, según ha sido descripta desde Simmel hasta Koselleck. Gran pionero, Kraus detectó tempranamente la mortífera sociedad que el shock y la estandarización componen para el hombre que pretende vivir al día, y que termina viviendo meramente para el día.

Hoy, la prensa escrita se inviste del aura letrada que los demás medios masivos no poseen y se pone por encima de la televisión y la radio en tanto instancia presuntamente superior, más erudita, más refinada, menos inmediata y cruda. Acostumbrados a mofarnos de las trivialidades de la

pantalla chica (y hasta de las de la pantalla grande), nos cuesta recuperar la virulencia crítica que los periódicos sin duda merecen como articulado- res de la conciencia moderna, y tendemos a sentir que hasta el tabloide sensacionalista es menos indignante -por ser presuntamente más inofensivo- que casi cualquier programa televisivo o radial. Sin la debida atención y la necesaria contextualización, los ataques de Kraus pueden parecer obra de la anacrónica paranoia del momento, resultando obsoletos. Consideremos, por caso, su poema *Die Zeitung* (“El periódico”), que reza: "¿Sabes, tú que lees el periódico, / cuántos árboles sangraron / para que, cegado por las cotizaciones, / veas tu rostro en ese espejo, / y vuelvas a despachar tus negocios? ¿Sabes, tú que lees el periódico, / cuántos hombres mueren / para que unos pocos compren placer / y para que la criatura humana disfrute / la inefable ruina de la criatura?"[14] Su tono ético, a fuerza de cansancio, puede sonar envejecido, y el blanco de sus críticas, gracias a la aparición de otras instancias mediáticas aún más cuestionables por sus compromisos técnicos y comerciales, ha quedado a salvo de las peores acusaciones. Y es contra estos olvidos que un atento lector de Kraus -¡y qué otro tipo de lector pueden tener sus páginas!- debe rebelarse.

Las guerras, la Guerra

Como observador rigurosísimo de los signos de la época y como escritor sin compromisos ni remilgos, es característico de Kraus el haber formulado profecías que tarde o temprano se hacían realidad, incluso muy a pesar suyo. Una de las más conocidas de ellas, y que por obvios motivos ha sido comparada con la de Heine sobre la quema de libros,[15]es aquella de 1909: "El progreso hace monederos de piel humana".[16] Y es que en términos generales, el crítico cultural -en tono serio- y el satírico -en tono burlón- son detectives del presente y vaticinadores del futuro, que reconocen en los síntomas del hoy los males del mañana; y entre los muchos clarividentes y paranoides de la Viena finisecular, Kraus irrumpió como un verdadero “maestro de la sospecha” (Ricoeur). "Veo visiones de lo que está por venir. De una pulga hago un camello. ¿No es un arte? Magos son los otros, que han transformado la vida en una plaga de insectos. Y cada vez hay más

pulgas...", supo decir, con su típico humor ácido.[17]De aquí que haya empezado a olfatear tempranamente -por así decirlo- la escalada bélica, ya con el conflicto que tuvo lugar en la península balcánica hacia 1912, y que luego juzgaría, en retrospectiva, como un digno laboratorio de pruebas de lo que sucedería inmediatamente después. En efecto: en más de un aspecto, la Guerra de los Balcanes (1912- 1913), que en realidad consistió en dos guerras distintas (primero, la de la Liga de los Balcanes contra el Imperio Otomano, y luego, la de los miembros de la Liga entre sí), fue la verdadera antesala y el digno preámbulo de la Primera Guerra Mundial. En la persona del periodista Siegfried Münz, enviado especial del diario pseudo-liberal *Neue Freie Presse* al Mediterráneo oriental, Kraus encuentra por entonces la encarnación del "Schmock" al nivel de la política internacional: las sombras grises del chapucerismo periodístico empiezan a ganar una influencia inusitada en los recintos del poder europeo... En sucesivos artículos publicados a lo largo de 1910, Kraus sigue los pasos de este necio cronista por el sudeste del continente y va descubriendo cómo los poderosos le hacen el juego a la prensa, mientras que ésta presenta las cosas sin otra racionalidad que la de la aventura ligera y el reporte frívolo. El fenómeno, que hoy calificamos como estetización de la guerra y la política, ya le resulta chocante e inaceptable aun en su versión preliminar y en miniatura, al punto que no vacila en comparar a esa guerra con el mismísimo Moloch y condenar la "masacre léxica" (*Wortmassaker*) que se está cometiendo en los diarios mediante los corresponsales de guerra, que embellecen los hechos atroces y les confieren dimensiones épicas ("En los Balcanes, Austria está representada por impresionistas", observa[18]). Pero sin vueltas, el mejor documento de esa temprana revelación krausiana es su notable artículo *Hundimiento del mundo por obra de la magia negra*, de fines de 1912.[19] Demasiado extenso para ser incluido en una compilación y demasiado rico en alusiones contextúales para un lector actual (incluso un austríaco de pura cepa), puede considerárselo con justicia el mayor manifiesto antiperiodístico de toda su generación. Entre las muchas acusaciones a la prensa, incluyendo la comprobada sospecha de que engendra guerras para lucrar con su cobertura y confunde intencionadamente a la gente para sacar réditos, aquí la fundamental es la

de que los diarios asesinan la imaginación. En el consumo compulsivo de periódicos -un mal típicamente austríaco, a juzgar por las recurrentes declaraciones de Thomas Bernhard- Kraus vio lo que la sociología de la época ya veía en el pasaje de la comunidad tradicional a la sociedad moderna (Tónnies) o en el surgimiento del tipo humano del “urbanita” (Simmel): las pérdidas cualitativas de la vida humana. Pero en vista de la escalada que desembocó en la “guerra total”, la queja no es la de un reaccionario ni la de un pesimista, sino la de un cabal *Kulturkrítiker* (categoría que ciertamente Kraus no inventó, pero cuyo perfil contemporáneo contribuyó a definir agudamente).

Tras los sucesos de Sarajevo y el estallido de la Primera Guerra, Kraus, que se había informado muy bien acerca de cómo sortear la censura oficial para poder ofrecer las denuncias más descarnadas sin temor al cierre de su editorial o al decomiso de los ejemplares,[20] apeló al arma más elocuente de todo su arsenal: el silencio absoluto. *La antorcha* dejó de brillar durante varios meses, y su editor/ autor/redactor/propietario se sustrajo de la vida pública, hasta que volvió a tomar la palabra en el *Konzerthaus* de Viena el 19 de noviembre de 1914, leyendo lo que a la sazón se transformaría en su artículo más citado y reconocido, *En esta gran época,*. "una denuncia feroz de la alianza entre escritura y guerra".[21] La carnicería había comenzado; Kraus, como siempre y lamentablemente, tenía razón. Y aunque la prolongación -y de hecho la intensificación- del conflicto lo hizo modificar muchas de sus posturas políticas,[22] en la identificación de la prensa como enemigo público número uno se mantuvo firme, sin nunca cansarse de repetir los mismos ataques.

La cobertura periodística de la guerra, además, le dio ocasión de practicar a ultranza su forma predilecta de canibalismo cultural: la “glosa”, como la llamaba. Infalible e infatigable fiscal (no en vano había estudiado abogacía), pronto advirtió que a menudo la mejor manera de poner en evidencia a sus adversarios periodísticos no era denunciarlos o difamarlos, sino reproducirlos *ad peden litteram*, pero fuera de contexto. Así, un titular en letra catástrofe, una crónica cotidiana o un artículo de fondo yuxtapuestos y reordenados en alguna página de *La antorcha*, aparecían exhibidos en toda su monstruosidad y su ridiculez, a veces acompañados de

algún comentario sarcástico, y en otras ocasiones sin que hubiera que agregar absolutamente nada; el montaje y el *collage*, novedosas técnicas artísticas que despuntaban en la moda de aquellos tiempos, se sumaron rápidamente al instrumental krausiano para condenar a las nuevas técnicas -¡vaya paradoja!- de confusión y crimen.

A diferencia de lo que creían muchos entusiastas "modernistas" de la guerra -como Ernst Jünger y Filippo Marinetti-, Kraus percibió con temprana agudeza que la guerra moderna es ciertamente hija de la modernización técnica, pero más de la modernización comunicativa y cultural que de la modernización armamentística y militar propiamente dicha. A sus ojos, fríamente escrutadores, no eran los nuevos tanques y aviones lo que revolucionaba el viejo *ars bellum*, sino las imprentas. El pensamiento de izquierda -de Lenin a Brecht- supo denunciar por aquellos tiempos que la guerra en el mundo burgués era una necesidad capitalista, e incluso un muy buen negocio; pero sólo Kraus advirtió tempranamente lo rentable que resultaba el *merchandising* bélico. Uno de los mejores ejemplos de esta mortífera sociedad entre guerra y cultura nos es presentado en el artículo *La sala colmada vivó a los héroes con entusiasmo,*[23] donde un espantado Kraus rememora la ocasión en la que se presentaron héroes del regimiento de Dragones del Emperador en el Burgtheater (el más importante teatro vienés), se les leyeron homenajes, se les cantó, cantaron ellos, y luego se representó una opereta del popular Eysler. Al subir al escenario, la guerra no hacía sino evidenciar que se había vuelto un espectáculo, y que al fin y al cabo para el público local, esteticista e inmoral, todo era un show. A fin de cuentas, el pomposo ejército austro-húngaro, lento y aparatoso, estaba más hecho para el retablo teatral que para el campo de batalla; aquella patética función sólo lo había puesto en evidencia.

De cara a la catastrófica derrota, Max Weber ofrecerá curiosamente en su célebre conferencia *La política como vocación* (1918) una tenue apología de la profesión periodística, sin dejar de reconocer los compromisos que supuso la guerra y la política alemana. No deja de llamar la atención el contraste entre el saldo relativamente positivo que hiciera quien por entonces era el máximo referente intelectual alemán (recuérdese

que hasta fue consultado para la Constitución de la República de Weimar) y el que hará Kraus.[24] Es dable pensar que semejante matanza no haya tenido ni un máximo responsable ni -mucho menos- un único culpable, pero el encarnizamiento de nuestro autor con la prensa de su país se concentra a tal punto en el acusado que casi nos persuade con su lógica fatídica. Si se pretende personalizar la culpa múltiple de una guerra puede evocarse un político, un militar, un economista, e incluso una bella mujer, como Helena; sólo Kraus reconoció la posibilidad de que la culpa pudieran tenerla los periodistas.

Lamentablemente para nosotros y afortunadamente para él, Kraus no llegó a ver de la Segunda Guerra sino los primeros chisporroteos. Es dable imaginar que hubiera hecho el siguiente cálculo: la Guerra de los Balcanes fue a la Primera Guerra lo que ésta fue a la Segunda. En la primera mitad del siglo XX, que no por nada Eric Hobsbawm ha designado *the age of extremes*, la escalada bélica parecía no tener fin, y el apocalipsis estaba a la vuelta de la esquina. Y es que las guerras del siglo XX ya no son una metáfora fecunda para esteticistas, sino una forzosa metonimia de la política internacional.

Nuestra edición

Aunque indudablemente le da un sabor único y un color idiosincrásico y circunstanciado a sus textos, el particular estilo de Kraus, con una sintaxis por momentos casi paratáctica y con abundantes giros locales y referencias contemporáneas, dificulta un poco su recepción, sobre todo fuera de Austria y un siglo después. Las implicaturas culturales, los tropos retóricos, y la complejidad de la sintaxis delatan la voluntad de ser leído con extrema atención, en clara ruptura con el tipo de recepción distraída y dispersa que ya comenzaba a prevalecer en la sociedad de la época. De todo esto debe hacerse cargo una traducción de su obra que se pretenda crítica y actualizada: sin abrumar al lector, debe señalar los problemas de sentido y de forma, y sin desvirtuar al autor, debe brindar un texto legible y autónomo; si la empresa ha sido exitosa, podrá juzgarse en las páginas que siguen.

En el ámbito de habla hispana, la fortuna editorial de este autor no ha sido especialmente mala, si bien sí algo tardía, pues recién en la década de 1970 comenzaron las ediciones en forma de libro. Pero lo que se ha de lamentar es que justamente la obra por la que la historia cultural más lo reconoce, o sea *La antorcha*, sea lo menos traducido y difundido de su vasta producción. Amante del aforismo y los textos breves, Kraus llenó cientos de páginas con ellos, que a veces recopilaba en forma de libro; en castellano, estas compilaciones abundan, y no es infrecuente encontrarse con aforismos krausianos que circulan aisladamente. Para el autor, el *pendant* de esos microformatos lo constituían a su vez las obras monumentales, como *La tercera noche de Walpurgis* o su anhelada obra maestra, la tragedia *Los últimos días de la humanidad*; no sin ingentes esfuerzos de traducción e interpretación, también ellas están disponibles ahora en nuestro idioma. En conclusión, resulta que Kraus aparece en lengua española o bien con textos demasiado extensos, o bien con textos demasiado breves. Sólo los *Escritos* compilados y traducidos por J. L. Arántegui en 1990 lo captan en su género más elocuente: el artículo periodístico; y sin embargo, de esa amplia y meritoria selección podemos observar que -más allá de los predecibles localismos- algunas licencias y ripios afean un poco la traducción. Para este volumen, en consecuencia, hemos pensado que lo acertado sería presentar una dosis concentrada de Kraus en su expresión más pura, recogiendo algunos de sus más destacados artículos en *La antorcha* y directamente relacionados con la Primera Guerra Mundial y sus bochornosos correlatos en el ámbito cultural (especialmente la prensa, verdadera *hete noire* del autor... ¡incluso más que la guerra!). La excepción a esto la constituye la pieza inicial, la *Presentación del editor* incluida en el primer número de la revista (1899), que nos ha parecido oportuno integrar en tanto declaración de principios; sin sorpresa, en este breve escrito se advierte ya la obsesión con la particularidad de la época finisecular y el reconocimiento explícito de que *La antorcha* es ante todo "un llamamiento a la lucha" para iluminar "un país en el que nunca sale el sol".

Adjuntamos, asimismo, una breve bibliografía para el lector de lengua castellana. Si bien el excelente estudio de Edward Timms sigue siendo la referencia máxima e insoslayable para la compleja figura de Kraus, algunos

volúmenes y artículos sueltos permiten ahondar en sus diversos aspectos y matices más específicos. Claro que la bibliografía en lenguas extranjeras es inabarcable. Sobre la cuestión periodística en especial, de hecho, resulta más que lúcido el libro -aún inédito entre nosotros- de Jacques Bouveresse: *Schmock ou le triomphe du journalisme. La grande bataille de Karl Kraus* (París, 2001). El lector en alemán podrá consultar, por mencionar sólo una entre las incontables ofertas de interés, el número especial de la revista *Text + Kritik* (Munich, 1975), editado por H. L. Arnold. En inglés no hay tanto material como sería deseable, pero pueden destacarse las numerosas publicaciones específicas de Harry Zohn, el gran divulgador krausiano en el mundo anglosajón.

Bibliografía en castellano:

La tercera noche de Walpurgis, trad. de P. Madrigal, Barcelona, Icaria, 1977.

"Prólogo" a Lulú, de F. Wedekind, trad. de J. L. Vermal, Barcelona, Icaria, 1980, p. 5-15.

Contra los periodistas y otros contras, ed. de J. Aguirre, Madrid, Taurus, 1981.

Escritos, ed. de J. Arántegui, Madrid, Visor, 1990.

Los últimos días de la humanidad: tragedia en cinco actos con prólogo y epílogo, trad. de A. Kovacsics, con la colaboración de J. J. del Solar y el asesoramiento de Feliú Formosa, Barcelona, Tusquets, 1991.

Dichos y contradichos, trad. y notas de A. Kovacsics, posfacio de S. P. Scheichl, Barcelona, Minúscula, 2003.

Sobre Karl Kraus:

Adorno, T. W.: "Decencia y criminalidad", en Notas sobre literatura (Obra completa 11), trad. de A. Brotons Muñoz, Madrid, AKAL, 2003, p. 352-371.

Benjamín, Walter: "Karl Kraus, hombre universal", en Obras, Libro II/vol. 1, trad. de J. Navarro Pérez, Madrid, Abada, 2007, 341-376.

Bourdieu, Pierre: "Actualidad de Karl Kraus. Manual contra la dominación simbólica", en Pensamiento y acción, trad. de O. Kulesz, Bs. As., Del Zorzal, 2005, 51- 58.

Burello, M. G.: "“No hay muerte más bella en el mundo”. Karl Kraus y la guerra estetizada", en Pensamiento de los confines 20, Bs. As., 2007,157-165.

Canetti, Elias: "Karl Kraus, escuela de resistencia" y "El nuevo Karl Kraus", en La conciencia de las palabras, trad. de J. J. del Solar, México, FCE, 1994, 56-70 y 318-348.

Daniello, María Paula: "“Sí, el tiempo cambia todo”. El binomio Kraus/Nestroy", en Pensamiento de los confines 20, Bs. As., 2007,177-183.

Fischer, Ernst: Literatura y crisis de la civilización europea: Karl Kraus, Robert Musil, y Franz Kafka, trad. de P. Madrigal, Barcelona, Icaria, 1977.

García Alonso, Rafael: "Karl Kraus y las danzas de la muerte", en Ensayos sobre literatura filosófica, Madrid, Siglo XXI, 1995,100-148.

Janik, A., y Toulmin, S.: "Lenguaje y sociedad: Karl Kraus y los últimos días de Viena", en La Viena de Wittgenstein, trad. de I. G. de Liaño, Madrid, Taurus, 1987, 83-113.

Marizzi, B., y Muñoz, J. (eds.): Karl Kraus y su época, Madrid, Trotta, 1998.

Schorske, Cari: "La gracia y la palabra: las dos culturas de Austria y su destino moderno", en Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad, trad. de I. Ozores, Madrid, Taurus, 2001, p. 209-234.

Stieg, Gerald: "Karl Kraus y Los últimos días de la humanidad", en N. Casullo (ed.), La remoción de lo moderno. Viena del 900, trad. de R. Figueira, Bs. As., Nueva Visión, 1991,169-176.

Timms, Edward: Karl Kraus, satírico apocalíptico. Cultura y catástrofe en la Viena de los Habsburgo, trad. de J. Pérez Martín, Madrid, Visor, 1990.

Wagner, Nike: "Karl Kraus: la lengua y el mal", en N. Casullo (ed.), op. cit., 157-168.

Presentación del editor[25]

EN una época en la que Austria amenaza con irse a pique aun antes de la solución para el aburrimiento agudo que desea el ala radical, en días que le han deparado a este país extravíos sociales y políticos de todo tipo, y ante una opinión pública que entre la perseverancia y la apatía halla su sustento lleno de lugares comunes o del todo carente de ideas, el editor de estas páginas -hasta ahora un glosador que se mantuvo en un lugar marginal y poco visible- se propone lanzar un llamamiento a la lucha. Quien osa hacerlo no es, para variar, alguien que se separó de un partido, sino un periodista de opinión que también en cuestiones políticas considera que los "salvajes" son los mejores y que desde sus puntos de observación no se deja seducir por ninguna de las posturas expresadas en el Parlamento.

Con alegría lleva en la frente el odio de la falta de "convicciones políticas", que muestra -tan "perseverante" como sólo algunos de esa causa- ante los fanáticos de club y los idealistas de facción. De modo que el programa político de esta revista parece escaso: como consigna, ésta no ha elegido un resonante *Lo que traemos*, sino un sincero *Lo que matamos*.[26] Lo que aquí se proyecta no es más que cambiarle los pañales al vasto pantano de palabrerío que otros siempre quisieran delimitar a nivel nacional.

Con lenguas de fuego (y también habría una docena que hablan diferentes idiomas), las circunstancias predican el reconocimiento de las necesidades sociales, si bien los gobernantes y los partidos ante todo desean -con cálculos dilatorios los unos, con apasionado enceguecimiento los otros- dar por terminada la cuestión de los estudiantes de Praga.

Este fenómeno -de tan penosos contrastes que se extiende a lo largo de nuestra vida pública determinará el punto de vista desde el que juzgar todos los acontecimientos políticos, y puede que a veces consiga reducirle puntualmente el crédito a la hueca seriedad del palabrerío allí donde ésta lleva a cabo su obra destructora, y gracias a la alegría que le resulta tan incómoda. A una mirada no empañada por anteojos partidarios ha de mostrársele con una claridad duplicada el *Mene Tekel*,[27] que en ocasiones resplandece, amenazante, en medio de nuestra oscuridad fortalecida con cirios. Pero los eruditos de la lengua no saben interpretarlo, y agotados por viejas disputas, se trenzan en nuevas discordias. Enceguecidos por la siniestra visión, unos señalan el fenómeno con un atemorizado "¡uy!",[28] mientras que los otros, olfateando traición a la patria, quieren que sólo el alemán valga como lengua oficial del Juicio Final.

Quizás sea bienvenida una palabra abierta ante el ofensivo trajín que la contienda entre una cultura no poco orgullosa de su madurez y una que vigorosamente puja por alzarse podría reducir a la más grosera pelea de cantina. Quizás pueda yo también entregarme a la esperanza de que este llamamiento a la lucha, que pretende unir a los insatisfechos y los oprimidos de *todos* los campos, no se extinga sin surtir efecto. Quiere avivar a los espíritus de oposición que ya están hartos del tono seco, a todos aquellos que, con talento y placer para formar una valiente facción rebelde que se oponga a la depravación de las camarillas, en *todos* los ámbitos perciben un eco, lo estimulan, y en este imperio construido en términos nacionales y sin acústica, no sólo lo encuentran en los procuradores jurídicos, tan receptivos y básicamente de buen oído para cada nuevo fenómeno.

La puntillosa tramitación por la que el denominado "espíritu de la época" debe pasar para llegar a instancias superiores ha de seguirse en sus sinuosos caminos a cada situación que se presente. En lo que hace al observador desprejuiciado, ha de ocurrir a fin de poder repartir equitativamente la culpa entre el gobierno y los partidos: ministros que no violan una sola y única ley, a saber, la de la desidia, en virtud de la cual este Estado aún se mantiene; diputados cuya conciencia perturba cualquier otra lengua menos la "íntima jerga oficial", y que discuten constantemente por la

inscripción en las escupideras fiscales, mientras que el pueblo confía sus necesidades económicas a discretísimos sacerdotes, cual secreto de confesión Por lo tanto, *La antorcha* quisiera alumbrar un país en el que -a diferencia del reino de Carlos V- nunca sale el sol.

En esta gran época[29]

que llegué a conocer cuando era tan pequeña; que volverá a ser pequeña si dura lo suficiente; y a la que preferimos tratar de época gorda, y en realidad también de época pesada, dado que no es posible una metamorfosis semejante en el ámbito del crecimiento orgánico; en esta época, en la que ocurre precisamente lo que uno no podía imaginarse, y en la que ha de *ocurrir* lo que uno ya no puede *imaginarse*, y si se pudiera hacerlo, no ocurriría; en esta época seria, que se ha muerto de risa ante la posibilidad de que la cosa vaya en serio; que sorprendida por su aspecto trágico, anhela diversión, y encontrándose a sí misma con las manos en la masa, busca palabras; en esta época ruidosa, que retumba con la escalofriante sinfonía de hechos que provocan noticias y de noticias que tienen la culpa de los hechos: en una época así, de mí no esperen ni una sola palabra propia. Ninguna salvo ésta, que aún protege al silencio del malentendido. Así de profundo es el respeto que guardo por la irrevocabilidad del lenguaje, por la subordinación del lenguaje a la desgracia. En los reinos de la escasez de fantasía, donde el ser humano se muere de carestía espiritual sin percibir el hambre que tiene su alma, donde la pluma se remoja en sangre y la espada en tinta, ha de hacerse lo que no se piensa, pero lo que sólo se piensa es impronunciable. No esperen de mí ni una sola palabra propia. Tampoco podría yo decir algo nuevo: en el cuarto en el que uno escribe hay tanto ruido, y no es hora de decidir si proviene de animales, de niños, o de morteros. Quien hace honor a los hechos, deshonra por igual a la palabra y al hecho, y es doblemente despreciable. Ese oficio no se ha extinguido. Los que ahora no tienen nada que decir porque el hecho tiene la palabra siguen hablando. ¡Quien tenga algo que decir, que dé un paso al frente y calle! Tampoco puedo traer a colación palabras viejas mientras ocurren hechos que son nuevos para nosotros y cuyos testigos dicen que no eran de

esperarse. Mi palabra podría sonar más fuerte que las rotativas, y que no las haya detenido no prueba nada contra ella. Ni siquiera ha podido hacerlo con la maquinaria mayor, y el oído que escucha las trompas del Juicio Final no se cierra por mucho tiempo a las trompetas del día. La inmundicia de la vida no se paralizó por el espanto, la tinta no empalideció ante tanta sangre, sino que la boca se tragó los numerosos sables, y no vimos más allá de la boca, y medimos la grandeza sólo por la boca. Y del altar en la opereta cayó oro por hierro, el bombardeo fue un cuplé, y quince mil prisioneros fueron a parar a una edición especial, que una doncella leía para que se llamara a un libretista. Para mí, un insaciable que aún no ha tenido suficientes víctimas, no se ha alcanzado la línea trazada por el destino. Para mí recién hay guerra cuando se envía a ella sólo a los que no sirven. De lo contrario, mi paz no tiene descanso, me preparo en secreto para la gran época, y pienso íntimamente algo que sólo puedo decirle a mi amado Dios, no a mi amado Estado, que ahora no me permite decirle que es demasiado tolerante. Porque si *ahora* no capta la idea de estrangular a la denominada libertad de prensa, que ni se entera de un par de manchas blancas, nunca captará la idea, y si yo quisiera hacérsela entender, se abalanzaría sobre ella y mi texto sería la única víctima.[30] Así que debo esperar, aun cuando sea el único austríaco que no puede esperar y que querría ver que un sencillo auto de fe sustituye al fin del mundo. La idea que me gustaría hacer que entiendan los poseedores efectivos del poder nominal es tan sólo una idea fija mía. Pero con ideas fijas se salva una propiedad tambaleante, ya sea un Estado o un mundo cultural. Uno no le cree a un comandante que los pantanos son importantes hasta que un cierto día ve a Europa sólo como los alrededores de un pantano. De un terreno sólo veo los pantanos, de la profundidad de estos sólo veo la superficie, de una situación sólo veo la apariencia, de ésta sólo un destello, y aun de ello un mero contorno. Y a veces me basta con una entonación, o apenas con la alucinación. Para divertirse, háganme el favor de seguirme hasta la superficie de este mundo problemático, que recién fue creado cuando estuvo formado, que gira en torno a su propio eje, y que quiere que el sol gire en torno suyo.

Sobre ese sublime manifiesto, ese poema que prologa a la época llena de hechos, el único poema que hasta ahora ésta ha suscitado, sobre el afiche

más humano con que la calle podía hacer que se topen nuestros ojos, pende la cabeza de un gigantesco cómico de *varieté*. Al lado, sin embargo, un fabricante de tacones de goma ultraja el misterio de la creación al declarar respecto de un bebé que patalea que el hombre debería venir así al mundo: con los productos de su fabricación, y en especial de su marca. Ahora bien, cuando yo opino que el hombre, así las cosas, haría mejor en no venir en absoluto al mundo, soy un bicho raro. Y si de todos modos afirmo que en estas condiciones el hombre ya no habrá de venir al mundo en el futuro y que tal vez luego sigan viniendo los tacones de bota pero sin el ser humano correspondiente, porque éste no pudo sostener el paso de su propia evolución y se quedó rezagado en tanto último obstáculo para su progreso; si afirmo algo así soy un loco, que de un síntoma ya deduce toda la enfermedad, y del bubón, la peste. Si no fuera un loco, sino un hombre culto, no sacaría una conclusión tan temeraria del bubón, sino del bacilo, y entonces sí que me creerían. Qué loco es decir que para librarse de la peste hay que confiscar el bubón. Pero de veras soy de la opinión de que en esta época, como quiera que la llamemos y valoremos, esté ya desvencijada o a punto de estarlo, apilando deudas de sangre y podredumbre tan sólo a los ojos de un Hamlet o madurando ya para el brazo de un Fortimbrás; de que en la actual situación, las raíces están en la superficie. Cosas así se ven claras gracias a una gran confusión, y lo que antes era paradójico ahora se confirma gracias a la gran época. Puesto que no soy ni un político ni su hermanastro, un esteta, no se me ocurre negar la necesidad de algo que sucede, o quejarme de que la humanidad no entienda lo de morir en la belleza. Sé muy bien que los hombres bombardean catedrales con razón cuando los hombres las usan con razón como puestos militares. "Absolutamente nada ofensivo", dice Hamlet.[31] Sólo que las fauces del infierno se abren ante un interrogante: ¿cuándo es que la mayor época de guerra alza a las catedrales contra los hombres? Sé perfectamente que cada tanto es preciso transformar los mercados en campos de batalla para que de estos vuelvan a surgir nuevos mercados. Pero un día turbio uno ve más claro y pregunta si acaso es correcto no perder pisada del camino que se aleja de Dios tan deliberadamente. Y si acaso el misterio eterno del que proviene el ser humano y aquel en el que se adentra sólo encierran en

realidad un secreto comercial que le confiere superioridad al hombre por sobre el hombre e incluso por sobre el creador del hombre. Quien quiere expandir la propiedad y quien sólo la defiende viven ambos en estado de posesión, siempre por debajo de la propiedad y nunca por encima. Uno la paga, el otro la explica. No nos va a asustar nada respecto de la propiedad si ya se habían visto y padecido en forma inaudita sacrificios humanos, y por detrás del lenguaje del vuelo del alma, al irse desvaneciendo la música embriagadora, entre huestes terrenales y celestiales, una pálida mañana irrumpe la declaración: "Lo que está por suceder es que el viajante desplegará continuamente las antenas y sondeará incesantemente a la clientela". La humanidad es clientela. Tras las banderas y las llamas, tras los héroes y los ayudantes, detrás de todas las patrias se ha erigido un altar ante el cual cruza sus manos la devota ciencia: ¡Dios creó al consumidor! Pero Dios no creó al consumidor para que prosperara en la Tierra, sino para algo superior: para que prosperara el comerciante en la Tierra, porque el consumidor fue creado desnudo y recién se volvió comerciante cuando vendió ropa. La necesidad de comer para vivir no se puede discutir filosóficamente, si bien la condición pública de este quehacer da prueba de una irrenunciable carencia de pudor. La cultura es el acuerdo tácito de que los víveres estén por detrás de la función vital. La civilización es el sometimiento de la función vital a los víveres. El progreso sirve a este ideal y es a este ideal que presta sus armas. El progreso vive para comer, y en ocasiones muestra que hasta puede llegar a morir para comer. Soporta las tribulaciones para prosperar. Pone emoción en las premisas. La máxima aprobación del progreso exige desde hace tiempo que la demanda se guíe por la oferta, de que comamos para que el otro se harte, de que el vendedor ambulante siga interrumpiendo nuestros pensamientos ofreciéndonos justo lo que no precisamos. El progreso, bajo cuyos pies se enluta la hierba y el bosque se transforma en papel del que brotan las hojas, ha subordinado la función vital a los víveres y nos ha hecho accesorios de nuestras herramientas. El diente del tiempo tiene una caries, pues cuando estaba sano llegó la mano que vive de emplomar. Donde se hicieron todos los esfuerzos para que la vida quede alisada, ya no queda nada que requiera tal embellecimiento. En un ámbito así, la individualidad puede vivir, pero ya

no nacer. Puede que se aloje, con sus deseos nerviosos, allí donde autómatas sin rostro ni cordialidad empujan de un lado a otro en medio del avance y el confort. Como árbitro entre valores naturales que es, la individualidad se decidirá por otra cosa. Claro que no por la medianía local, que guarda su vida espiritual para la propaganda de sus mercancías, se ha entregado a un romanticismo de los víveres, y ha puesto "el arte al servicio del comerciante". La decisión se da entre caballos de fuerza y fuerza del alma. De la vida laboral no hay raza que vuelva a sí misma sin fatigarse; a lo sumo, vuelve al placer. La tiranía de la necesidad de vivir concede a sus esclavos tres tipos de libertad: del espíritu, la opinión; del arte, la diversión; y del amor, la disipación. Gracias a Dios, aún quedan bienes escondidos cuando los bienes deben seguir circulando. Pues la civilización vive al final de la cultura. Cuando la espantosa voz que por estos días tiene el poder de aullar las órdenes exige, con el lenguaje de su impertinente fantasía, que el viajero extienda sus antenas y sondee a la clientela entre nubes de pólvora; cuando, ante lo inaudito, se arranca la heroica decisión de reclamar los campos de batalla para las hienas, tiene algo de esa franqueza sin consuelo con la que el espíritu de la época se mofa de sus mártires. Bien, nos sacrificamos a las mercancías, consumimos y vivimos de forma tal que el medio consume el fin. Bien, si un torpedo se hace cargo de nosotros, ¡que antes se nos permita blasfemar a Dios como si fuera un torpedo! Y las necesidades que se ha impuesto un mundo extraviado en el laberinto de la economía exigen testimonios firmados con sangre y horribles notas de tapa sobre pasiones; el gran judío que lleva las cuentas, el hombre sentado a la caja registradora de la historia universal, se cobra triunfos y registra las transacciones diarias con sangre, y en cópulas y títulos desde los que ladra la avaricia adquiere un tono que factura para sí la cifra de muertos y heridos y prisioneros como si fueran activos, en lo que a veces confunde "mío" y "tuyo" y "pierna" y "piedra",[32] pero que es tan liberal como para, subrayando discretamente su modestia y acaso de acuerdo con las impresiones de los círculos de iniciados, y sin dejar de lado a la imaginación, distinguir estratégicamente entre "preguntas de lego" y "respuestas de lego". Y cuando luego se atreve a darle la bendición al alza del sentimiento patriótico (tan beneficiosa para él), a presentar sus saludos y

sus buenos augurios ante el ejército, y a alentar a sus "bravos soldados" en la jerga de la eficiencia y cual si fuera al cierre de una satisfactoria jornada bursátil, supuestamente hay "una sola voz" de fastidio, realmente sólo una que hoy lo expresa; ¡pero de qué sirve mientras haya *una* voz, cuyo eco no debería ser sino una tempestad de los elementos que se alzan contra el espectáculo de una época que tiene el coraje de llamarse grande y no le presenta un ultimátum a semejante prócer!

La superficie se asienta y se adhiere a la raíz. El sometimiento de la humanidad a la economía sólo le ha dejado la libertad de la enemistad, y así como el progreso le afiló las armas, creó para ella la más mortífera de todas las armas, un arma que más allá de su necesidad sagrada le quitó incluso la última preocupación respecto de su bienaventuranza terrenal: la prensa. El progreso, que también tiene la lógica a su disposición, objeta que la prensa no es sino uno de los gremios laborales que viven de una necesidad preexistente. Pero si esto es tan cierto como correcto, y la prensa no es más que una forma impresa de la vida, ya estoy avisado, porque sé cómo está hecha la vida. Y de pronto me pasa que un día turbio me queda en claro que la vida es sólo la forma impresa de la prensa. Así como en los días del progreso aprendí a subvalorar la vida, hube de sobrevalorar la prensa. ¿Qué es? ¿Sólo un mensajero? ¿Uno que nos molesta además con su opinión? ¿Qué nos tortura con sus impresiones? ¿Que con los hechos nos trae a la vez la representación? ¿Qué nos atormenta con sus detalles sobre los pormenores de informaciones sobre ciertos ambientes o con sus percepciones sobre observaciones de pormenores sobre detalles y con sus continuas repeticiones de todo lo que nos cala los huesos? ¿Alguien tras de quien se arrastra un séquito de personalidades informadas, enteradas, iniciadas y destacadas, que tienen que confirmarlo, que darle la razón, relevantes parásitos de lo superfluo? ¿La prensa es un mensajero? No: el acontecimiento. ¿Un discurso? No, la vida. La prensa no sólo se arroga la pretensión de que sus noticias sobre los acontecimientos son los verdaderos acontecimientos, sino que concreta esa siniestra identidad, gracias a la cual se tiene la sensación de que se informa sobre los hechos antes de que estos se lleven a cabo, y a menudo hace concreta la posibilidad -o en todo caso, las circunstancias- de que los corresponsales de guerra no puedan ser

espectadores, por supuesto, pero los combatientes se vuelvan corresponsales. En este sentido, acepto gustosamente que me acusen de haber sobrevalorado la prensa toda mi vida. No es un servidor (¿cómo podría un servidor exigir y obtener tanto?): es el acontecimiento. El instrumento se nos ha ido nuevamente de las manos. Hemos puesto por las nubes al hombre que tiene que informar sobre el calor del fuego y que bien podría desempeñar el papel más subsidiario en el Estado, lo hemos puesto por encima del incendio y de la vivienda, del hecho y de nuestra fantasía. Pero como Cleopatra, curiosos y decepcionados, deberíamos golpear también al mensajero por el mensaje. Al que le anuncia un matrimonio detestable y embellece el anuncio, ella lo hace responsable del matrimonio. "Relléname con tu provisión de noticias mis oídos, tanto tiempo vacíos de ellas. [...] ¡Que la peste más maligna caiga sobre ti! ¿Qué decís? ¡Fuera de aquí, horrible villano! O voy a rechazar con el pie tus ojos delante de mí como pelotas; voy a arrancarte los cabellos de la cabeza. (*Le maltrata.*) Serás azotado con un látigo de alambre, revolcado en la sal y cocerás lentamente en salmuera". "Graciosa señora, yo traigo las noticias, no he hecho la boda".33 Pero el reportero concierta el matrimonio, prende fuego la casa, y hace verdad la crueldad que falsea. Durante décadas de ejercitación ha llevado la humanidad exactamente al grado de carencia de fantasía que hace que le resulte posible una guerra de exterminio contra sí misma. Puesto que gracias a la desmedida celeridad de sus aparatos le ha ahorrado toda capacidad para la vivencia y el desarrollo espiritual propio de ésta, puede implantarle el necesario valor para morir, un valor con el que la humanidad se precipita. Dispone del brillo de las cualidades heroicas, y su abuso del lenguaje embellece un abuso de la vida, como si la eternidad hubiera guardado su clímax justo para la época en la que vive el reportero. ¿Pero la gente se imagina de qué vida es expresión el periódico? ¡De una que ya hace mucho que es expresión del periódico! ¿Se sospecha cuánto le debe medio siglo a esta inteligencia desbocada en términos de espíritu asesinado, nobleza saqueada y santidad profanada? ¿Se sabe acaso cuántos insumos vitales ha engullido la barriga dominical de semejante bestia rotativa para poder engordar hasta 250 páginas? ¿Se piensa qué nivel de ventas hubo que alcanzar sistemática, telegráfica, telefónica y

fotográficamente, para que una sociedad que aún estaba dispuesta a jugar con sus posibilidades internas se acostumbrara a sorprenderse a lo grande ante un hecho irrisorio, con ese asombro que encuentra sus frases hechas en el abominable lenguaje de ese mensajero, cuando alguna vez "se formaron los grupos" o bien el público empezó "a masificarse"?[33] Pues toda la vida moderna cae bajo el concepto de una cantidad que ya no es mensurable, sino que se alcanza siempre, y a la que en definitiva no le queda más que devorarse a sí misma; como el record evidente no deja mayores dudas y la atormentadora totalidad evita todo cálculo ulterior, la consecuencia es que nosotros, agotados por la multiplicidad, no nos queda más que el resultado, y que en una época en la que dos veces al día se nos ofrecen en veinte repeticiones de todas las formas posibles las impresiones de las impresiones, la gran cantidad se descompone en destinos individuales que sólo los individuos perciben, y de pronto, incluso en la cima, la muerte que se concede a los héroes aparece como un destino cruel. Pero alguna vez se podría ir más lejos y ver qué pequeño que era este asunto de una guerra mundial comparado con la automutilación de la humanidad a manos de su prensa, y cómo es que en el fondo la guerra ha sido sólo una de las irradiaciones de la prensa. Hace algunas décadas, un Bismarck -otro que también sobrevaloraba la prensa- podía reconocer que "lo que la espada ha ganado para nosotros, los alemanes, se vuelve a perder gracias a la prensa", echándole la culpa de tres guerras. Hoy, las relaciones entre catástrofes y redacciones son más profundas, y por ende menos claras. Pues en la era de los que cooperan con ella, el hecho es más fuerte que la palabra, pero más fuerte aunque la palabra es el sonido. Vivimos del sonido, y en este mundo patas para arriba el eco suscita la fama. En la organización sonora, la debilidad es capaz de una maravillosa transformación. Puede que el Estado lo necesite, pero el mundo no tiene nada que ver con eso. Bismarck lo intuyó en una época en la que el progreso cabía en los zapatos de un niño y aún no se escabullía por la cultura con tacones de goma. "Todo país", dijo, "a la larga es responsable por los vidrios que rompe su prensa". Más aún: "En Viena, la prensa es peor de lo que me había imaginado, y de hecho más mala y nociva que la prusiana". Y declaraba que el corresponsal, para no exponerse a la acusación de no contar con buenos contactos, lanza sus

propias invenciones o las de su legación diplomática. Claro, todos dependemos más que nada de los intereses de una cierta rama profesional. Si se lee el periódico sólo por la información, no se aprende la verdad, ni siquiera la verdad sobre el periódico. La verdad es que el periódico no es un índice de contenidos, sino un contenido, y más que eso, un estimulante. Cuando miente sobre atrocidades, aparecen las atrocidades. ¡Hay más injusticia en el mundo porque hay una prensa que la inventa y que se queja de ella! No son las naciones las que se atacan unas a otras, sino la vergüenza internacional, el oficio que no a pesar de su irresponsabilidad, sino gracias a la misma, gobierna el mundo, reparte heridas, tortura prisioneros, acosa extranjeros, y vuelve pendencieros a los *gentlemen*. Y puramente gracias a los plenos poderes de la falta de carácter, que asociada a una voluntad vil puede transformar de inmediato la tinta en sangre. ¡Último y sacrílego milagro de la época! Al principio era todo una mentira, que mentía incluso al decir que sólo se mentía en otro lugar, y ahora, lanzado a la neurastenia del odio, todo es verdad. Hay naciones diversas, pero sólo una prensa. El despacho informativo es un recurso bélico tanto como la granada, que tampoco tiene consideración por casos concretos. Ustedes creen; pero ellos saben más, y ustedes tienen que creer en eso. Los héroes de la impertinencia, gente con la que ningún combatiente querría compartir una trinchera pero por la que sí ha de dejarse entrevistar en una, irrumpen en un castillo real recién abandonado para poder informar: "¡Fuimos los primeros!" Cobrar por cometer atrocidades no sería ni con mucho tan insultante como cobrar por inventarlas. Gente aclamada con una esfera de acción propia, que se queda sentada en su casa cuando no tiene la suerte de contar anécdotas en un cuartel de prensa o de movilizarse de urgencia hasta el frente de combate, y que les procura a los pueblos el cotidiano espanto hasta que estos lo sienten de veras y justificadamente. De la cantidad, que es el contenido de esta época, a cada uno de nosotros nos toca una parte, que procesamos según lo sentimos, y lo que nos es común se hace tan visible gracias al cable de comunicaciones y al cine que nos vamos contentos a casa. Pero así como el reportero ha liquidado nuestra fantasía con su verdad, nos devuelve a la vida con su mentira.

Su fantasía es el sustituto más cruel de la que alguna vez tuvimos. Pues cuando él afirma en un lugar que en otro lugar matan mujeres y niños, los del primer lugar lo creen y lo hacen en serio. ¿No se advierte que la palabra de un sujeto desenfrenado, tan útil en tiempos de disciplina, tiene más alcance que un mortero, y que las fortificaciones anímicas de esta época son una construcción que colapsa en caso de emergencia? Si los Estados hubieran tenido la lucidez de darle preferencia al deber de defensa general y renunciar a los telegramas... por cierto, la guerra mundial sería más leve. Y si antes del estallido de ésta acaso hubieran tenido el valor de enviar los representantes de un cierto oficio a un desolladero internacional unificado, ¡quién sabe si las naciones no se lo habrían ahorrado! Pero antes de que los periodistas y los diplomáticos que ellos usan depongan las armas, tienen que pagarlo los seres humanos. "Algo de lo que dicen los periódicos es cierto", ha dicho Bismarck. Claro, también hay algo en los suplementos: ahí trabajan nuestros buenos folletinistas, expiden plegarias en la batalla por los honorarios, besan a sus aliados en la boca, elogian el glorioso "tumulto" de hoy en día, admiran el orden así como antes veneraban la comodidad, comparan una fortificación con una bella mujer (o al revés, según el caso), y en general se comportan a la altura de la gran época. Bajo el título "Días terribles", alguien del extranjero retrata en forma seriada sus vivencias en una ciudad capital que debió abandonar. Los horrores más extremos consistieron en que se lo instó a retirarse, sólo le quisieron dar 1200 francos por 1000 marcos, y sobre todo, no se podía conseguir un taxímetro, algo que en otros centros de transporte ya debía darse incluso antes de una movilización general. Por lo demás, no puede expresar con elogios suficientes -uno no da crédito a sus oídos- la calma, el respeto, la conmiseración de la población local, de la que sin embargo habíamos sabido por telegramas que se había comportado como panteras y lobos salidos de sus jaulas al descarrilar un circo: en suma, que allí se entró en la guerra como en otra parte se sale de un concierto. Los telegramas son material bélico. En los suplementos culturales no se opera con tanta precisión: en ellos puede escurrirse la verdad. Pero cuando aparece, tal vez ya es de nuevo falsa, porque mientras tanto han aparecido telegramas que han hecho lo suyo para darle la razón a otros telegramas y así rectificar la

realidad. ¿O alguien piensa que ese Nordau ha pintado todo color de rosa porque ya quería asegurarse el regreso a su puesto en tiempos de paz?[34] Así que justamente el periodismo dispone sobre la vida, según busque sólo la ventaja propia o también la desventaja ajena. En general puede decirse que en tiempos de guerra, fuera del trabajo que ejecutan las armas sólidas, existen las prestaciones que brindan la palabra y la ocasión. La crueldad que ejercita la población de los Estados enemigos es de extracción común, o de lo más común, es decir, culta. El populacho y la prensa están por encima de los intereses nacionales. Uno saquea, la otra telegrafía. Y cuando ésta telegrafía, el populacho se anima, y lo que las redacciones han resuelto, lo pagan y lo expían las naciones. "Represalias" es con lo que se le responde a la prensa. Esta exagera la situación del mundo después de haberla creado. Si la prensa es apenas su expresión, la situación mundial es bastante horrible. Pero la prensa es lo que la estimula. En Austria, inventó y promovió el estéril pasatiempo de "la discordia de las nacionalidades" para hacer crecer desapercibidamente el negocio de su vergonzoso intelecto; así como lo llevó tan lejos como quiso, ahora arrienda su patriotismo a cambio de ganancias futuras; compra valores que se desploman, es el ave fénix que vistosamente resurge de cenizas ajenas. ¡Déjenme que sobre valore la prensa! Pero si afirmo injustamente que en una era que tan fácilmente propende a tomar la edición extra por el acontecimiento y que con nervios acalorados se deja llevar a los hechos de manos de la mentira; si no es cierto que de los telegramas ha manado más sangre que la que querían contener, ¡que esa sangre caiga sobre mi cabeza!

"Que sea la última vez", exclamaba Bismarck, que los logros de la espada prusiana se dilapidan en manos liberales para calmar las insaciables pretensiones de un fantasma que, bajo el nombre ficticio de espíritu de la época o de opinión pública, con su griterío anestesia la razón de los príncipes y de los pueblos, hasta que cada uno se asusta de la sombra del otro y todos olvidan que por debajo de la piel de león de ese espectro se oculta una criatura de naturaleza ciertamente más ruidosa, pero menos temible". Lo dijo en 1849. ¡Qué terriblemente ha crecido esta criatura inofensiva en estos sesenta y cinco años! Que no enmudezca ante hechos que ella misma promovió muestra en favor de quién espera verlos

cumplidos. La máquina le ha declarado la guerra a Dios, y entre las prestaciones que *yo* siempre le reconocí, sigue encontrando palabras, y la época se mide y se sorprende de lo que ha crecido de la noche a la mañana. Pero siempre fue así, y sólo yo no me daba cuenta. O sea que verla pequeña era un defecto de mi vista. Mientras tanto, limpiar las "molestias" que pululan por la superficie bajo la cual mora algo grande me resultaría una tarea demasiado pequeña, y no me siento a su altura. Alguien me preguntó hace poco dónde me sitúo, rogando que nos libráramos de la vieja suciedad en atención a la nueva época. No puedo hacerlo. Lo grande, lo elemental ha de tener la fuerza por sí solo para ocuparse de las molestias, y no precisa que un escritor lo incite y lo ayude. Pero como salta a la vista de todos, lo grande, lo elemental aún no ha podido hacerlo. ¿Qué vemos? Lo que es grande tiene epifenómenos que lo acompañan. Cuando las consecuencias alcancen su altura, ¡que se apiaden de nosotros! Lo grande no ha acabado con sus epifenómenos de la noche a la mañana. Que las bombas se arrojen con ingeniosidad y que los cabarets anuncien un programa "de 42 morteros" nos muestra cuán conservadores y cuán actuales somos. Lo revelador no es que esto ocurra, sino el letargo que posibilita y que sostiene. Ya sabemos cómo se lleva el humor inveterado en nosotros con el exceso sanguíneo. Pero, ¿y el espíritu? ¿Cómo acoge a nuestros poetas y pensadores? ¡Y cuando el mundo está patas para arriba, no se les ocurre nada mejor! ¡Y cuando el mundo se desgarra, no aparece ningún espíritu! Y no aparecerá más adelante; pues si ahora hubiera de esconderse, tendría de expresarse mediante una muda dignidad. Pero en torno al ámbito cultural no vemos más que el espectáculo del intelecto que se engrana en la consigna, cuando la personalidad no tiene la fuerza de descansar calladamente en sí misma. El servicio militar voluntario del poeta es su puerta de entrada al periodismo. Ahí está un Hauptmann, están los señores Dehmel y Hofmannsthal, con pretensiones de ser condecorados en la primera línea del frente, y tras ellos lucha el diletantismo desatado.[35] Tan tempestiva anexión a la banalidad nunca se había dado antes, y el sacrificio de los espíritus líderes es tan veloz que surge la sospecha de que no tenían un yo para sacrificar, sino que más bien actuaban guiados por la heroica idea de tener que guarecerse donde ahora se está más seguro: en la frase hecha. Lo desconsolador sólo es cómo

la literatura no siente su impertinencia, y no la superioridad del ciudadano que halla en la frase hecha la vivencia que le correspondía tener a él. El de buscarle rimas -y encima malas- a un entusiasmo ajeno y preexistente, pareando "batallón" con "escuadrón",[36] y el de confirmar que las hordas humanas son asesinas, es el más flaco servicio que la sociedad puede esperar de sus espíritus en tiempos de urgencia. El rumor inarticulado que nos llegaba de los poetas enemigos implica al menos la prueba de una excitación sentida en forma individual, que reduce el artista al hombre privado y delimitado en términos nacionales. Por lo menos, era el poema que la confusión de los hechos sonsacaba del poeta. La acusación de barbarie en la guerra era una información falsa. Pero la barbarie en la paz, que reside en la disponibilidad de la rima cuando la cosa va en serio y que de una vivencia ajena hace un artículo de fondo, es una humillación impagable. Y al cabo puede un Hodler, que no tiene razón, seguirse mostrando junto a una docena de Haeckel, que sí tienen razón.[37] Y al cabo un estallido de furia sigue teniendo más cultura que una encuesta que tiene la gentileza de decidir favorablemente la pregunta de si es lícito representar Shakespeare. El mayor poeta alemán contemporáneo, Detlev von Liliencron,[38] un poeta de la guerra, una víctima de ese desarrollo cultural surgido de la victoria, acaso no habría tenido ánimo suficiente para aferrarse a un hecho aún candente con una opinión, y habrá que esperar para ver si entre aquellos que experimentaron esta guerra y aquellos que puedan vivir como poetas surge alguno que unifique artísticamente materia y palabra. Lo que se hará visible es si algo orgánico puede surgir de la cantidad, que ya no está unida a la vida del alma por ningún puente, pues todos han sido volados. Aquellas inteligencias que ante la amenaza de peligro se echan rápida y cómodamente en las grietas de su ser, les serán dadas como alimento a los cerdos.

Quizás hasta la guerra más pequeña siempre fue una transacción que dejó limpia la superficie y actuó en el interior. ¿Hacia dónde apunta esta gran guerra, que es grande gracias a fuerzas contra las que habría que hacer la más grande de las guerras? ¿Es una salvación, o sólo el fin? ¿O apenas una continuación? ¡Ojalá que las consecuencias de un asunto tan vasto no sean peores que las circunstancias que lo acompañan, a las que no tuvo la

fuerza de apartar de sí! ¡Ojalá no ocurra nunca que la vacuidad crezca más que hasta hoy en día invocando penosas fatigas, que la pereza se cubra de gloria, que la estrechez se remita al trasfondo de la historia universal, y que la mano que nos tantea los bolsillos muestre antes sus estigmas! ¿Cómo pudo ser posible que una publicación cosmopolita festeje una guerra mundial? ¿Que un ladrón bursátil se cuadre ante una batalla de millones y con titulares estrepitosos exija y encuentre atención para el quincuagésimo aniversario de su nefasto oficio? ¿Que los bancos en moratoria no pudieran atender a su clientela pero sí pagarle a éste más de 400 coronas por cada uno de los cien anuncios de su número conmemorativo? ¿Que al tronar de los cañones se oyeran los discursos de los repartidores de diarios y que los anuncios de felicitación desfilaran durante semanas, cual una lista de bajas de la cultura? ¿Cómo pudo ser posible que en los días en que la frase hecha ya empezaba a sangrar y expiraba ante la muerte todavía pudiera servir como adorno de las vidrieras de los burdeles liberales? ¿Que los escribas izaran banderas cuando ya estaban en el terreno y que un siervo del balance, un francotirador de la cultura, se hiciera homenajear por una banda de sirvientes encumbrados como "comandante en jefe del espíritu"? ¡Ojalá que la época llegue a ser tan grande como para no ser el botín de un vencedor que pone sus pies sobre el espíritu y la economía! ¡Que se sobreponga a la pesadilla de una oportunidad en la que el triunfo se vuelve un mérito de los que no participaron, que quite de sus honores ese empeño en pos de medallas a la inversa que le presentan justamente la estupidez, los términos extranjeros y los nombres de comidas, y que los esclavos cuya máxima meta en toda la vida fue "dominar" el lenguaje de aquí en adelante pretendan avanzar en el mundo con la habilidad de no dominarlo! ¿Qué saben de la guerra ustedes que están en la guerra? ¡Ustedes luchan, claro! ¡No se han quedado aquí! También a quienes sacrificaron los ideales por su vida se les concede alguna vez sacrificar la vida misma. ¡Ojalá que la época crezca tanto como para alcanzar ese sacrificio, y nunca sea tan grande como para crecer en vida más allá de su recuerdo!

La seriedad de la época y la sátira del pasado[39]

Para comenzar una velada de lectura

CUANDO este amplio suceso se cernió sobre la humanidad -y en todos lados eso significó que la máquina fuera manejada por un alma y que al fin y al cabo también estuviera al servicio del alma-, mi óbolo fue la duda; mi predisposición, el silencio; y mi coraje, darle expresión a ese silencio, para que se supiera en qué medida era intencional. Lo que hizo que en apariencia se retirara de mí la coacción de la censura fue, en realidad, la conciencia de que entre todos los hechos monstruosos, sólo uno tiene el derecho de excluir su negación: la guerra, mientras la haya. Fue el sentimiento de que sería ilícito en sí mismo familiarizarse con una sociedad que experimenta la guerra sobre todo como un cambio y, por consiguiente, como un trastorno; con una variante social que valora la infelicidad como una coyuntura y que considera aceptable el heroísmo como la base del reclutamiento del ejército; en definitiva, que sería ilícito familiarizarse con una cooperativa temporal y local como ésta si no fuera deseando calladamente un terremoto. Y aun tan lejos me dejé llevar en el dominio de mí mismo: a callar frente a la canalla de la palabra, cuya lengua no fue paralizada por la vista de los horrores innombrables sino que esta vista la volvió rápida; estuve mudo frente a la despreciable chusma que se escondió en el interior del país, los poetas y pensadores y toda la impudicia que tiene siempre las palabras preparadas,

esos que profanan mañana y noche, y en el fondo estoy convencido de que sin su existencia, sin su horroroso efecto anticultural -en comparación con el cual no resiste ningún poder intelectual de los tiempos- esta guerra no hubiera encendido la ebria pobreza de fantasía y no hubiera degenerado en lo superinhumano. Porque, ¿qué sinfín de atrocidades entraría en esta barbarie de la educación, y no estaría condicionado por ella?

Mi retirada estratégica del lugar de la opinión pública permite ser imaginada con optimismo como el tiempo de espera de uno que, en vida, fue condenado a extrañar a Dios en el infierno y cuya muy incomprendida nostalgia quizás señale ahora su realización. Como un respiro de un tormento satírico que esperaba su redención del fin del mundo y que ahora al menos experimenta la guerra como algo pasable. A pesar de que ni Messina, ni el Titanic ni el placer chino de matar pudieron hacer algo a la razón segura de la tierra, al deleite profundo el mar y a la moral alta como el cielo, ¡algunos creyeron que ahora desaparecerían la razón, el humor y el orgullo! Por supuesto que nunca faltaron optimistas que quisieran considerar mi negación del mundo como una crítica de estados reparables; en un escrito sobre mí aparecido en 1913 se encuentra el siguiente fragmento:

No queremos anticiparnos a la resolución de Dios ni siquiera en los pensamientos; pero quizás sea todavía necesaria la guerra mundial después de esta guerra, que uno condujo contra todo el mundo. Aun cuando sea monstruoso, casi parece verse venir esta necesidad, como si el espíritu del amor al prójimo la pidiera: porque, ¡hacia dónde vamos ahora en todo el mundo con todos estos intelectuales y todos estos cristianos ya intelectualizados! ¿Hacia dónde vamos? Porque fueron ellos los que perpetraron lo más espantoso, antes de cualquier ataque al corazón; donde todavía late un corazón, éste permanece tranquilo; ellos lo perpetraron realmente al condenar a muerte a Karl Kraus -mortis in nomine laesae majestatis!-: ¡ellos jugaron con la guerra en el sesenta y seis[41], y de los soldados que mueren, cobraron honorarios por línea! Quizás entonces los soldados y la guerra deben caer sobre ellos.

Ahora ella está ahí y yo digo: ¡nunca hubiera latido un corazón más fuerte en el sentimiento de su superfluidad! ¿Qué hacen *hoy* con los soldados que mueren? Los que no mueren, ¿caen de rodillas? Déjennos esperar. Aguardando lo que ellos nos dejaran, la gran época, si un día se va, como un día llego. Aguardémosla, a ver si se hunde la vergüenza a la que he dado forma, y con ella -¡qué gusto!-, sus artistas. Ser dispensado sin que la guerra me dispense de mi tarea, eso no lo quiero. Entonces me gustaría volver a ayudarla, ya que ella no me ayudó a mí. Pero no se nos permita perder la paciencia y, a partir de los miserables síntomas concomitantes de una gran época, sacar sus conclusiones de la noche a la mañana. Esperemos, aun cuando ahora parezca que esta época favorece más bien los poderes del demonio; que la guerra no continúa tanto con la lucha contra el mal como con el mal mismo; que la entusiasta respuesta de un mundo sin dioses respecto del activo del diablo no garantiza su ideal enriquecimiento. Al final podría ocurrir el milagro -los poetas y los pensadores escapan al anuncio- de que el alma sacrificada que está al servicio del producto manufacturado naciera de nuevo a través del sacrificio del cuerpo. Hasta entonces, que se ate, que se ate con mil cadenas el espíritu preparado para el salto; que esté indefenso, si le encierran el pensar, el sentir, el respirar; que se calle ante los miles de insultos que cada día imagina para los ojos que leen y los oídos que escuchan. Que el acontecimiento nunca soñado contenga el grito, que este barro no se solidificó cuando los soldados marcharon sobre él. En los sueños los martilla la idea de que toda vida permanece sin ser modificada detrás de la sangrienta cantidad y de que detrás de la nueva máquina todavía es un viejo *pathos* el que hace de la muerte las mentiras de la vida. Si esta vida, tanto antes como ahora, tiene la infamia de "exigir sus derechos", yo, que toda la vida se los negué, ¡quiero callar!

Y debo hacerlo. Porque no soy tan cobarde como para luchar contra la censura. Tengo el coraje de ablandarla. Sí, prestarle juramento de que ella ahora, finalmente, cumpla con su deber a pesar de mí y no se deje inquietar por los siervos de la libertad. Porque se sabe que en este país sólo ocurre un único hecho nuevo en lo que es perceptible para todos en el *statu quo* de las individualidades tambaleantes. No pienso en el sacrificio del bollo vienés

de pan, sobre el que se decide verdaderamente una gran época sin muchos cambios pero con muchas novedades de ánimo. No pienso en una popular publicidad que hoy como ayer muestra tres vieneses risueños, pero con una pregunta, formulada por ellos: "¿Dónde hay unas gotas y una diversión?"; ahora las palabras "y una diversión", que también significan "y una difamación" lo vuelven una víctima, aunque hoy como ayer existió el *Hetz.42* No pienso en el incremento psíquico de los que se ofrecen voluntariamente al ejército. Pienso solamente en la lucha contra la censura, que mueve a todos los espíritus y que, como es sabido, cubrió simplemente con manchas blancas un oficio cuyos ejecutantes deberían haber llevado una mancha amarilla por orden judicial.43 Esta profesión exigente en sobremanera se arrima ahora en contra de la indulgencia de una autoridad que le prohíbe a diario un par de verdades, en lugar de estar agradecida por las incontables mentiras y vilezas que, tanto antes como ahora, le permite. La prensa no sospecha lo bien que le va. Porque, ¿cree acaso ella que *a mí* me sería hoy permitido por la censura *reproducir* lo que aparece a diario en los periódicos vieneses?

Hasta que nos detengamos tan lejos como me lo permiten y como me lo permito a mí mismo -porque citar lo infame que ocurre en esta gran época sería indigno-, hasta que lleguemos tan lejos, queda por responder la pregunta sobre cómo debo comportarme con mi obra ya escrita, que en realidad consiste sólo en reimpresiones. Al comienzo de la gran época tuve la sensación de que debía privar al auditorio también de esto -como quiera el lector posicionarse hoy al respecto-, porque ahora en sus oídos se encuentra una materialidad nítida y porque aquellos motivos más grandes (que todavía no me está permitido organizar) ocultan al ojo mis motivos más pequeños, cuya identidad todavía no me está permitido demostrar. Pero ahora resulta que un día nuestro público ya estará tan acostumbrado a la grandeza de la época que ya no se deberán "formar grupos" y la sorpresa ya no incomodará más a nadie. Lo poco común en actos y sufrimientos será presentado como lectura para la mirada, sin clemencia del poder cultural dominante para el cual ocurre; la víctima es una película, y en el hecho de estar listo para la muerte, la vida ve sólo su edición extra, en la que ya no caerá más en la trampa. Y como no cambió nada respecto de mí, ¿no

debería estarme permitido decir cómo era? No, en vista de la estabilidad conmovedora de aquellas apariciones -en cuyo campo se instaló mi materia prima en los últimos quince años- no me veo dispuesto a arrepentirme posteriormente de su elaboración, no tengo la intención de suspender la aparición de *La antorcha*. ¡No, no tengo la obligación de detener el odio cuando la vergüenza se va en el día! Que aquellos que son de otro parecer, y ya en el presente, los del país, para reconocer el incremento psíquico, los pacientes optimistas que recién aguardan del futuro; que esta gente soporte mis creaciones con sus muy dispersos motivos como una curiosidad histórico- cultural. ¿Por qué no debería uno interesarse por qué aspecto tenían las cosas en Viena en los viejos tiempos, antes del 1° de agosto? Ningún amigo del mundo será tan indulgente como para ser capaz de una suerte de amnistía intelectual en lo que ya es el pasado, como para que, yo creo, descubra huellas de la grandeza de héroes por venir. No, quedémonos en la historia de la cultura e imaginémonos también -por supuesto que podemos hacerlo por una tarde- que ella da a entender la realidad más fresca, más actual de Viena. Imaginémonos que todavía no superamos el carnaval en nosotros -aun cuando esté también oficialmente inhibido- y que, a lo sumo, cuando nos llega el clamor "¡edición extra!", nos encontramos en el espanto de la batalla, si no en el *horror vacui* que nos produjo la privación de la noche de bufones de la Asociación de Cantantes Masculinos. Reflexionemos, no obstante, si toda nuestra presencia de buen humor no es transferida simplemente como lista de presentes en el informe del baile por medio de la forzosa beneficencia y sólo marco" cambia, pero la imagen es todavía y cada vez más similar para hablar. Echemos una mirada a nuestra vida nocturna, pero no pasemos por alto nuestra vida diurna; notemos qué hábilmente nos apartamos del peligro para meternos en el *couplet* y observemos cómo ya estamos trabajando ahora en la reconstrucción de nuestros ideales, sobre todo el turismo; escuchemos la conversación de los contemporáneos, miremos los carteles de las paredes y preguntémonos luego si no es la realidad más viva y si no estamos soñando una guerra mundial.

¿Acaso no vive gente así, cuyo servicio militar es la usura? ¿Acaso no vive gente así, para los que las trincheras doblan en la Kártnerstrae? ¿No

aportarán, por consiguiente, su óbolo bajo la forma de un clavo? Con él, un caballero de madera podría herrar con una finalidad caritativa, después de que la administración no haya planteado ninguna objeción contra el intencional hecho de clavar clavos en la plaza de exposiciones que alguna vez existiera con motivo de la colección, de modo que se puede levantar un símbolo que se haya limpiado a sí mismo, y quinientos mil, digamos quinientos mil nombres, de los cuales, por lo demás, no sería para tomar ninguna corona,[40] digamos ninguna ayudita para un soldado ciego, sino que irían a la posteridad y Viena está creando una saga - el Schmock de hierro-, una saga, les digo, que ya hoy mira fijo al turismo después de 700 años y que luego debe ser obtenido en lo del portero por 20 Heller, en lo de aquel portero que estará en el diario cuando un día festeje sus bodas de oro porque, incluso en una población alrededor de la cual se tejen sagas, todo queda en los ancianos, sobre todo que se reconocen más reclutas del ejército que antes y que tantos aportan un óbolo ahora que más tarde producirá una fortuna. Tengamos presente esto y aquello y todavía algo más y todos los cientos de "*y*" con los cuales cada día aquel horrible cajero de la historia mundial hace el balance de la sangre, luego, ¡oh, luego le reconoceremos a la serenidad de mis formas, nacida del sufrimiento, más actualidad, más sentimiento de vivir en la guerra que la actualidad y sentimiento de vivir en la guerra que toda esta realidad contiene! Aquí no se asoma aquella risa deplorable cuyo negocio es distraer de lo serio y deplorable. Sino que se asoma una risa que muestra a sus víctimas la prueba de ver si son capaces de sostener la seriedad, el gran luto y la grandeza que crece sobre la noche. Aquí el humor no es lo opuesto a la guerra. Las víctimas pueden escapar de ésta, pero no de él. El humor no libera a los malos, sino sólo a los buenos, que sufren. Se deja ver al lado del horror. Alcanza a todos los que quedan intactos de la muerte. No hay nada de qué reírse en esta broma. Pero si uno lo sabe, entonces le está permitido hacerlo, ¡y que la risa ante las marionetas incólumes impacte como un charco de sangre45 contra su vanidad, su codicia y su vil placer!

Exposición de guerra[41]

EN el pabellón de la exposición de arte del Cuartel de Prensa de Guerra, el Presidente del Cuartel de Prensa de Guerra y Director del Archivo de Guerra, Mariscal de Campo Maximilian Ritter von Hoen[42]*, dio la bienvenida al Archiduque y se puso a su disposición para la visita de esa sección. En dicho pabellón se había dado cita una gran parte de los pintores y los artistas del cuartel de prensa de guerra, quienes se unieron a las personalidades que acompañaban al Archiduque en su ronda.*

Gran interés despertó el concierto de la Orquesta de Prótesis, compuesta por 40 músicos con un solo brazo, que saben dominar de forma admirable sus instrumentos con brazos artificiales *y que interpretan artísticamente las más difíciles piezas de ejecución*[43]. Por la noche, la iluminación del "Karst"[44] y del campo de batalla *mediante enormes faros eléctricos fue descomunalmente efectiva. Impetuosa aceptación encontró el "Periódico del soldado tirolés", que poco más o menos era impreso ante los ojos del público de la exposición en la imprenta que se encuentra en el fortín de dicho diario.*

¡Y *yo* fui invitado a la "apertura" de esto! Es decir, la "redacción de *La antorcha"*. Pero no existe tal redacción: sólo asume esa función para devolver invitaciones, para que al menos el intento por invitarme tenga que pagar el franqueo. ¡La guerra en exposición! Yo visitaría una exposición de paz en la que no hubiera para ver más que los ganadores de la guerra ahorcados, los héroes de la guerra del dinero que, cuando la patria llamó, hayan entendido: ¡ahora hay que escarbar juntos! ¿O acaso no hay más

entradas para algo así porque los expositores las tienen todas? Yo no voy de ninguna manera a una exposición de guerra en la que ellos son expositores. ¿Que poco más o menos ante mis ojos sea impreso el Periódico del soldado tirolés? ¿Debería tener que reconocer la parasitosidad de Viena bajo la iluminación del "Karst", bajo la luz de los enormes faros? Debería observar la horrorosísima exhibición de una "orquesta de prótesis" (¿qué otra atracción principal puede todavía imaginar la antihumanidad?) y, en contraste violento con esto, la reunión de aquellos otros artistas que se habrían vuelto malos pintores aun cuando hubieran venido al mundo sin brazos. ¡Qué inexpresable es todo esto cuando uno tan sólo se imagina que pudo ser exhibido! Pero una abolición de la guerra ¿no seduce todavía más a la humanidad? Yo aceptaría la invitación.

El recurso bélico se queja

El tratamiento de la prensa

EL papel que se le asigna a la prensa entre nosotros no es siempre alentador. El lego no se hace una idea de las inenarrables dificultades contra las que los periódicos tienen que pelear actualmente, dificultades que alcanzan en la misma medida al editor, al redactor, al tipógrafo, al despachante. Claro que entre nosotros uno se da cuenta también del monstruoso significado de la prensa y sabe apreciarla como un recurso bélico, que viene apenas después del submarino, del zeppelín y del victorioso obús. No obstante lo cual, no se ofrecen a los periódicos las consideraciones y facilidades a las que en realidad tendrían derecho, incluso como material bélico. La postura patriótica de nuestros diarios fue reconocida justo después del estallido de la guerra por el ex Emperador Francisco José, y también el Emperador Carlos dirigió aduladoras palabras de aprecio a los representantes del periodismo que aparecieron en torno a él. Parece entonces que en las más altas esferas prima aquella correcta comprensión del valor y de la importancia de la prensa, cuyas primeras instancias administrativas permiten que reiteradamente se eche de menos esta comprensión. En otros Estados -lamentablemente aquí se debe mencionar a los países de la Entente como modelos-[45] *se le asigna a los periódicos un papel completamente diferente al que tiene entre nosotros, aunque algunos no están en condiciones de compararse con los nuestros en cuanto a cualidades morales. Y este tratamiento secundario de nuestra*

prensa no es, por último, el culpable de muchos de esos penosos incidentes que la amarga experiencia de la guerra nos revela. Uno debe esperar que de este punto decisivo en adelante se haga un examen de conciencia y que también a los periódicos austríacos se les otorgue el lugar y se les concedan el favor y la protección que pueden hacer de un recurso bélico un agente de triunfo y de paz.

Es decir, que se deben repartir un par de entradas gratis para ir al frente. Y esto no es correcto para el recurso bélico. Yo no le deseo tales beneficios ni siquiera a él. Pero como dicho recurso le procuró esas entradas a la humanidad, entonces se las deseo sólo a él.

La aventura tecno-romántica[46]

YO, por mi parte, desde el comienzo de esta acción fui del parecer de que la caída de cabeza de la dignidad humana tiene su causa en un bacilo cerebral, del que tan sólo la ciencia -también a merced de él- hasta ahora ha sido incapaz de encontrar la pista. La impresión de que toda la comunidad, partícipe activo o pasivo del sacrificio, está integrada por moradores de manicomios específicos se debe no tanto a la velocidad de su determinación para revolcarse en la deshonra y la culpa, una velocidad que aumenta a diario, sino a la total insensibilidad ante a los contrastes espirituales y éticos entre los que se desarrolla este drama espeluznante. Se creería que ante lo sistemático de una providencia que a cada hora hace padecer a los justos la muerte por fuego, agua, tierra o aire, mientras un hombre bañado por el sol de la Engadina lleva sobre su traje de bufón la inscripción "The Tank" para identificarse como miembro de la tripulación de un trineo;[47] que ante las contradicciones que se ven o se oyen constantemente, la conciencia de la vileza del emprendimiento todo debería llevar a que el universo rompa en un grito. Pero más aún que por lo evidente de una clasificación injusta en virtud de la cual existen la protección ante la muerte y la salvación del martirio, y en virtud de la cual se prostituyen las mismas Erinias que esa humanidad lleva prendidas a sus talones,[48] es por otra instancia que se completa todavía más la imagen de una era de cerebro carcomido: la situación de un tiempo que sufre la competencia entre los más heterogéneos caracteres de época que se cruzan en él, pero ya no lo percibe. El fenómeno, al que veo operar en dirección hacia un victorioso hundimiento, es el de la

"simultaneidad". Es la inmediatez de conectar un juego de formas medievales con una invención moderna mediante la cual de golpe se hace posible el envenenamiento de un frente de batalla y de extensas regiones por detrás suyo; es el empleo de una heráldica deslucida en la consumación de acciones en las que la química y la fisiología han combatido hombro con hombro: eso es lo que arrasará con las criaturas vivientes más rápido aún que el propio veneno. Cuando el llamamiento de la Cruz Roja en Ginebra se pregunta:

¿Debe la victoria convertirse en ultraje y vergüenza pues ya no será de agradecer a la valentía y la lucha honrosa de los hijos de la patria? El saludo a los combatientes que regresan, ¿ya no es más para esos héroes que sin vacilación jugaron su vida por la patria en las trincheras, sino tan sólo para el hombre que sin peligro personal alguno se deshizo de sus enemigos por medio del veneno y entre los más tremendos sufrimientos de sus víctimas?

está muy cerca de decir que lo especial del dios alemán es que viene no sólo de una nube de gas, sino también de una máquina; que también en la contingencia de una mina, una bomba aérea o un torpedo, y en general en las acciones dirigidas contra la mera cantidad o el enemigo invisible, la valentía y la lucha honrosa no tienen parte alguna ni en quienes las realizan ni en quienes las esperan; que la falta de valentía de la parte actuante se corresponde con la abundancia de mártires entre los que están a la espera; que las trincheras recién mencionadas, en las que se jugó la vida por la patria, pertenece a esos recursos bélicos que hoy muy raramente llegan a emplearse, y para rematar, que en esta guerra por lo general no se ha desenvainado la espada desde aquella histórica sesión del *Reichstag* del 4 de agosto de 1914.[49] Además, y dicho sea de paso, si esa ideología inmortal y fundada en conceptos heroicos aún no fuese ya problemática en vista de los métodos modernos, podría eventualmente ella misma ponerse a pensar si la guerra era antes lo bastante bella como para formar el corazón de generaciones enteras; si renunciando con audacia a los avances de la técnica, es justamente la confrontación de fuerzas musculares la más noble

actividad humana; y si el todavía una y otra vez ejercitado combate honroso de los hijos del país, basado en que un hijo del país acuchille al otro en las costillas o en bajar el pulgar haciendo recatadamente la vista gorda, ha brindado el más digno basamento a una educación de siglos en pos de los ideales patrióticos. Por lo menos seguiría siendo un deber moral el inculcar a los niños que la pelea cuerpo a cuerpo supone un grado de honra superior al asesinato alevoso, y más todavía respecto de aquel cuyo anónimo instigador encuentra a su víctima en la cantidad anónima. Pero en lo que a los gases respecta, la distancia conceptual entre el instrumento y la gloria con él relacionada es por supuesto la mayor y más horrible; y eso que la Cruz Roja siente, lamentablemente tan en vano, ha sido repetidamente dicho por mí hasta manifestar por último la posibilidad de expulsar del gremio de las fuerzas armadas al ejército que utilice gases venenosos, en razón de un comportamiento ante el enemigo que según el antiguo concepto de la honra militar es todo lo opuesto al coraje. Al fin y al cabo, todo este abominable contraste está definitivamente acoplado al juego de palabras de una ofensiva rica en cloro.[50] Un mal chiste podría ordenar ese caos, pero además se atenuarían todos los horrores si en vez de probar la eficacia de la química de cada bando sobre el cuerpo de cientos de miles de legos, se aplicara la idea de demostrarla mediante una confrontación científica entre los laboratorios. Desde que se ha ligado con la técnica, el valor olvidó que la cantidad tiene al menos el límite de la locura, y que alguna vez será alcanzado el punto en que el predominio de las fuerzas no militares resulte tan palmario que lo más pertinente sea traspasarles la disputa de esos certámenes, de modo tal que excluya el fomento simultáneo de los intereses del poder estatal, o sea la aniquilación de la vida humana. Pues si se puede transmitir a través de distancias como de Berlín a Viena la voz humana, y por tanto también la de mando, ¿por qué no le sería posible a la técnica, que hace de la maravilla de hoy la comodidad de mañana, inventar un aparato por el cual algún inútil para el servicio militar valiéndose de un botón, conmutador o palanca, desde su escritorio en Berlín, haga saltar Londres por los aires, y viceversa? Cuando la esperanza en el éxito de un ataque con gas es patriotismo y el horror ante ello es alta traición (por lo cual yo, por ejemplo, soy uno de los más grandes reos de alta traición de todos los

tiempos y batallas), esa patraña mortal -sin la cual al mismo tiempo la humanidad cae en el ridículo- sólo puede ser zanjada proponiendo la evaluación teórica de los inventos de cada bando, y en vez de a los generales, designar de nuevo a los técnicos como doctores *honoris causa* (si por mi fuese, como los de filosofía). La disparidad entre la acción y la ideología que lleva a la rastra: sólo de ahí viene la espantosa nube de gas en la que gloriosamente nos asfixiamos. Una vestimenta colorida y el deber de llevarse la mano a la frente al avistar un superior, y todo lo con ello relacionado y que se exige incluso ante la muerte, pueden ser excelentes costumbres e instituciones: sólo que lo que éstas pueden lograr precisamente con el moderno modo de morir, y hasta qué punto lo estimulan o lo impiden... ¡justo eso es imposible de inventar! A ese caos total de conceptos, deberes, sufrimientos, exigencias, en que una vida tampoco antes libre de pesares se ha hundido de cabeza, aquí le ha brotado una realidad como símbolo. ¿Quién que contemple siquiera de lejos a los pasajeros de un tranvía en Viena podría tener aún esperanza? Ese montón de mugre y miseria en medio del cual el material humano está enmarañado de tal modo que apenas se puede distinguir cada miembro: uno sostiene firme esta imagen y se pregunta si aquí queda lugar para la "disciplina", y acaso para un "servicio de control" que establezca si aquella fue transgredida porque reservistas, viejos reservistas, "no se ponen de pie ante oficiales que viajan con ellos o no les ofrecen el asiento". Pues "los civiles que viajan con ellos tienen esto por una verdad evidente y se expresan también sobre ese comportamiento desafiante e indisciplinado de la tropa". Pero esto no lo ha inventado ningún Breughel el joven.[51] El diablo mismo, cuando lo viera y oyera y estuviera ya ahí en el medio, aplastado, expuesto a todas las consecuencias del racionamiento de jabón, no oiría sin embargo otra cosa que el elocuente lamento de la humanidad, y además una pobre voz de mujer que le grita con insistencia: "¡Por favor, adelante! ¿Alguien sin boleto? ¡Adelante, por favor". Y la lluvia llueve cada día, y otra vez se agolpa un séquito proveniente del campamento de Wallenstein,[52] y ahora empujan hacia adentro bolsas y mochilas, y... no obstante hay lugar para la idea que nos domina a todos, pues en el inescrutable designio humano hemos descubierto que la vida es mucho más bella con carestía, muerte y

mierda. Pero, ¡alto!, si todavía hay lugar para la disciplina, también alcanza para el concepto de honor. A uno que no quería adelantarse aunque era un capitán la pobre voz le gritó que no tenía la menor educación, pues ella no sabía que era un capitán, porque él no estaba identificado como tal, sino vestido con ropa civil. A pesar de eso, la superioridad lo autorizó a presentar una queja. Ella le había gritado "¡adelante!", pero él gritó que no quería "abandonar su puesto". Por lo tanto, ella debería haberse dado cuenta de que la ropa civil era sólo una apariencia. En la audiencia judicial ella dijo que jamás le había ocurrido algo así, si bien estaba "acostumbrada a muchas cosas con la guerra en los tranvías" (queriendo decir la Guerra Mundial). Agitado, el capitán le preguntó si puesto que estaba de civil, lo había tomado Por un desertor. Ella replicó que estaba muy lejos de tales pensamientos, porque "¿qué tiene que ver la guerra con los tranvías eléctricos?". El juez la condenó pues el civil era un militar. *¡Todo esto ocurre, mientras ocurre todo esto*! Durante una retirada, uno que tenía que ordenar le gritó desde el automóvil a uno que tenía que obedecer y tenía un ojal desabrochado: ““¡Usted, ahí! ¡Arréglese el uniforme!" Y muchos que ya no podían escapar yacen en el fondo del Drina.[53] En un hospital de Cracovia, con los que están postrados por el gas o un disparo en el vientre se hacen prácticas de saludo militar ni bien pueden ponerse en pie. ¡Un milagro tras otro! Son los viejos ornamentos para la nueva naturaleza de la muerte. Pero como ésta, recién salida de la retorta, todavía no pudo inventar ninguno nuevo, la autoridad no puede prescindir de los viejos ornamentos. ¡Pues no sólo debe haber *dulce*, sino también *decorum*! Sólo que el poder necesita de la nueva muerte para conservarse, sólo que el antiguo dominio no abdica de buena gana al deberle su posición a la química,[54]sólo que las insignias ahora dependen de los productos químicos: he ahí lo que nuestra cultura triunfante ha consagrado sin remedio a la muerte por envenenamiento. La humanidad, que ha dilapidado su fantasía en inventos, ya no puede imaginarse la eficacia de los mismos: ¡de lo contrario, debería suicidarse con ellos en señal de arrepentimiento! Pero puesto que en sus inventos ha dilapidado también su dignidad, vive y muere por cualquier poder que se vale de tales progresos contra ella. Lo inimaginable de las cosas vividas a diario, *la incompatibilidad entre el poder y los medios para*

imponerlo: esa es la situación; y como siempre sucede, la aventura tecno-romántica en la que nos hemos metido llevará la situación a un final.

El juicio final[55]

LA creencia de que el mundo -Dios nos libre- se reestablecería en la esencia alemana, una creencia que hombres y caballos sostuvieron hasta el último aliento, está enterrada. La esperanza de que se re- establezca a partir de la esencia alemana revive. Y -a Dios gracias- también la esperanza de que dicha esencia se reestablecerá por sí sola, de que se reencontrará consigo misma y con sus buenos espíritus desde esa locura en desacuerdo con su valor y su lengua, con un lugar al sol de sus dotes naturales desde los bienes de exportación. ¡Honor a un pueblo desdichado que se sacrificó hasta llegar a saber! ¡Vergüenza a sus dirigentes, aunque ahora puede que la malicia o la estupidez hayan cometido el mayor de los crímenes de la historia y hayan causado el mayor de los sacrificios de la historia! Pero la experiencia de que una mirada que uno fue de los pocos que confesaron tener ahora sea compartida por muchos y casi sin correr riesgos, y de que ya no cueste la cabeza el querer conservarla; esta sorprendente aventura de la frase hecha que se ha salido totalmente de cauce, de la entrada en la última fase, la más amarga y sin embargo gratificante, del arrepentimiento de los Nibelungos; esta rápida transformación de lo temerario en lo evidente... no me priven del deber de declararlo. Uno sigue siendo el mismo que era ya cuando se penetró Gorlice,[56] e incluso antes, ya en el primer día de este baqueteo a las filas de una mecanizada escasez de fantasía, en todo este triunfo que dura lo que una guerra, durante la ira de una cantidad que no tenía el coraje de ajustar cuentas consigo misma; el mismo que sospechó, o mejor dicho, que supo, que con una consistencia trágica que ni un

Shakespeare podría alcanzar se daría la liberación de la coerción del ídolo, y que un día, lamentablemente ante la desgracia física, tendría fin la mayor penuria espiritual, que allí ofreció hacer del desprecio una virtud, del odio un éxito, y de lo indigno un honor. Si en los reinos espectrales de las Potencias Centrales Subsistenciales[57] (espectrales porque en ellas los reporteros bursátiles hablaban la lengua de las tumbas y en ello yacía el poder de llenar las tumbas, el poder de la técnica y el romanticismo unificados, el poder de la frase hecha con detonador automático), si allí se quisiera organizar una encuesta para saber qué centroeuropeo estaba mucho más alejado de la posibilidad de guarnecer de clavos a un militar, o bien de enturbiarle la vista a un Hindenburg de hierro, o de hacer algo en favor del gusto de aquellos días en los que el abecé y la química, la ornamentística y la organización, la imbecilidad y la bestialidad emprendían hombro con hombro su innombrable ofensiva contra la dignidad humana; si tal cosa se hiciera, ya estaría yo entre los pocos incluidos en la apretada elección y de los que luego habría que decir que al rehusarse y resistirse cumplieron con el sagrado deber de matar ese tiempo sacrílego. Si no se me quiere reconocer ningún logro positivo en esas dos mil páginas de guerra de *La antorcha* -apenas una porción de lo que me vedaron los obstáculos técnicos y estatales-, al menos se me tendrá que aceptar que rechacé fácilmente y día a día las sórdidas exigencias planteadas por el poder al espíritu: sostener mentira por verdad, injusticia por derecho, y rabia por razón. ¡Pues mío fue el mayor coraje: ver al enemigo en las posiciones propias! Y a quien no ha conocido el miedo ante el poder en acción, sólo a él le cabe no tener compasión ante el poder destrozado. El ánimo con el que me mostré de cara a esa violenta autoridad, de lo más subalterna, fue siempre, sin embargo, el de una amabilidad invencible, atravesando toda tristeza, todo dolor, toda vergüenza. Y semejante testimonio ya es bastante sacrificado. ¿O acaso habría una resistencia más dura que la de tener que reírse cuando se querría correr sollozando hasta el último bosque que este destino organizado aún no ha fumigado? ¿Que la de la incapacidad de creer en la gloria de una gloria que circuló por un mundo hecho miseria, hambre, piojos, y ruina, llevando sus laureles en una mochila? ¿Que la maldición de resistir ante ese miserable complot de abusones y matones, que emborrachó a un pueblo con

el aguardiente de la gloria de la batalla para matarlo, y que lo mató para expoliarlo?[58] Culpables de la más alta traición, que no se ahorraron ningún pretexto del honor patrio para actuar en beneficio de una innoble apropiación de los bienes ajenos; que a cada aliento mancillaron esas nociones marginadas en cuyo nombre dispusieron de la vida, la dicha, la juventud, la salud, la libertad, el honor, el derecho y la propiedad de los demás; que robaron escondiéndose tras las banderas y, despiadados administradores de la cobarde muerte mecanizada, traicionaron a la humanidad por la patria y a la patria por su bajeza. ¡Pero qué giro se ha dado ahora, gracias a la divina providencia! ¡Qué respiro tenemos ahora! ¡Qué manera de escuchar al enorme martillo que golpea a las puertas de esta época, qué manera de avistar la luz que se cuela en la noche de estas mazmorras espirituales, qué temblor en los cimientos, y que América, por carecer de ellos, la pasa mejor! ¡Si éste no es un giro, el planeta todavía no ha dado ninguno! Si no es un Fortinbrás el que aquí se acerca, nunca ha habido un gobierno en ruinas, y nunca hubo que enderezar una época desquiciada. Como Horacio, lo recibo diciéndole:

Y dejad que yo relate al mundo, que aún lo ignora, de qué modo han ocurrido estos sucesos. Así conoceréis de actos impúdicos, sangrientos y monstruosos; de muertes producidas por la astucia y la violencia, y, como remate, de maquinaciones fallidas, cayendo por descuido sobre la cabeza de sus inventores: he aquí lo que fielmente he de contaros.

[59]

Puesto que todos esos dueños del poder y la injusticia ya viven cerca de su destino, ayudará que también se les pongan cadenas a sus ayudantes, sus corruptores, los peones de la más nefanda faena, los líderes periodísticos de este engaño sangriento, los decoradores de la zozobra, los certificadores del camposanto, los incomprensibles cronistas de este trágico carnaval. Además, yo respondo de que entonces se declare infames a todos aquellos que, hasta donde se extienda el radio cerebral de esta ciudad y hasta donde lleguen los intereses de este reino, sostengan algún interés de la prensa sangrienta. ¡Ay de aquel que quiera promover el nuevo negocio de los verdugos anónimos, esos que ahora ya se ocupan de transformar la humanidad en una frase hecha porque el asesinato de origen lingüístico ya no conlleva ganancias, sino peligros! Ni el despavorido pasarse de divisiones enteras de lameculos al bando de Wilson,[60] ni la miserable disposición a aprovecharse de la coyuntura de la nueva percepción del mundo, salvarán a los parásitos del ideal destronado ni a todo su entorno de ser reconocidos y tratados según sus méritos de los años de guerra y por partida doble; y que Dios me ayude, veré que se me permita "imputarles" una distinción ante la autoridad mundial hoy vigente a todos aquellos a quienes hoy se les imponen catorce puntos de largo alcance casi como ayer se les imponía una artillería de 120 kilómetros. Más violento que el arrepentimiento por lo hecho, que nos sobrevenga el asco por las palabras y que se apodere de los ánimos, para que nunca más nos dejemos privar de nuestros bienes y nuestra sangre a manos de esos órganos irresponsables que retransmitieron el llamado de la patria desafinando y que ahora querrían ocultarse entre las voces de la paz perpetua. ¡Si esta gran época -que en nuestra época ha sido la más baja- al fin está por llegar a ser grande, lo será para nosotros recién cuando nos despojemos de nuestros inútiles enseres políticos y, con una segunda sacudida, también de toda nuestra inmundicia espiritual,[61] toda la basura de ideas desechadas, y todo el inventario de los profesionales criminales de la lengua, y con ellos mismos! Llega el día en el que los emblemas y los ornamentos de una gloria pasada a mejor vida nos provocarán un trasnochado pavor, cual máscaras de carnaval y pálidos

rostros maquillados a la luz del sol. Pero si nosotros, magnánimos como hijos de hombre que somos, dado que por un rayo de libertad olvidamos de buena gana todos los sueños febriles de la noche previa, quisiéramos perdonar a los portadores y sirvientes gubernamentales de esos ideales mortíferos, y puesto que nos compadecemos de su estupidez... Dios nos libre de la gracia que dilapidaríamos con los intermediarios y los beneficiarios publicísticos, con los escribientes que pusieron las cosas negro sobre rojo cuando la humanidad fue crucificada. ¡Pluma a pluma, canalla a canalla, han de limpiar el baño de sangre que nos prepararon y que tanto nos alabaron!

Viajes promocionales al Infierno[62]

EN mis manos tengo un documento que, sobrepasando y rubricando toda la deshonra de esta era, bastaría por sí solo para asignarle un sitial de honor en un desolladero cósmico a esa papilla de divisas que se autodenomina "humanidad". Si cada recorte del periódico ha significado siempre un corte en la Creación, esta vez estamos ante la muerta certeza de que a un género del que se podía esperar algo semejante, ya no le queda ningún bien más noble para lesionar. Tras el terrible colapso de la mentira cultural de esa humanidad, y después de que las naciones han mostrado contundentemente con sus actos que su relación con todo aquello que pertenecía al espíritu era uno de los engaños más desvergonzados (quizá lo bastante bueno como para incrementar el comercio exterior, pero no lo suficiente como para realzar el nivel ético humano), a ésta no le resta más que la desnuda verdad de su propia situación, de modo que ha llegado casi al punto de ya no poder mentir más, y en ningún otro reflejo podría reconocerse tan cabalmente como en éste:

¡Viaje en auto por los campos de batalla! Organizado por "Noticias de Basilea"

[63]*Viajes promocionales desde el 25 de septiembre hasta el 25 de octubre,*

al precio reducido de 117 francos

Impresiones inolvidables ¡Sin trámites de aduana!

Basta con registrarse y completar un cuestionario ¡Especialmente recomendado como vacaciones de otoño!

600 km. de viaje en tren (segunda clase). Un día entero en un cómodo automóvil paseando por los campos de batalla, alojamiento, comida de primera categoría, vino, café, propinas, trámites y visa desde Basilea hasta regresar: todo incluido en el precio de 117 francos suizos.

"...Un recorrido por los campos de batalla en la zona de Verdún le permitirá al visitante captar la esencia de la atrocidad de la guerra moderna. No se trata tan sólo del campo de batalla par excellence para el sentimiento francés, en el que se decidió en última instancia la gigantesca contienda entre Francia y Alemania. Quien haya visto ese sector, con Fort Vaux y Fort Douaumont en el centro, no se dejará impresionar tan hondamente por ningún otro campo de batalla. Si la guerra le costó a Francia un total de 1.4000.000 bajas, casi un tercio de las mismas cayó en la zona de un par de kilómetros cuadrados de Verdún, y las pérdidas alemanas fueron de más del doble. En esa pequeña área donde se desangraron más de un millón, y acaso un millón y medio de personas, no hay un centímetro de superficie que no haya sido excavado por las granadas. Que después se recorran los escenarios de Argonnes y del río Somme, que se pase por las ruinas de Reims y se retorne pasando por St. Mihiel y el Priesterwald: todo eso no será sino le repetición en miniatura de los detalles que se congregan en Verdún, cuyas imágenes aúnan el horror y el terror de un modo por demás soberbio..."

En vista de tan meticulosa organización, el viajero no tendrá que gastar en lo más mínimo desde la partida de Basilea hasta el regreso.

"Noticias de Basilea" promociona este viaje de ida y vuelta para que cada suizo pueda tener la oportunidad de visitar los campos de batalla por 117 francos, de modo que los participantes se eviten todas las formalidades y dificultades propias de un viaje.

Habiendo abonado la suma de 117 francos en la cuenta postal V/5616 (Viajes a los campos de batalla de "Noticias de Basilea", Basilea), he aquí lo que los inscriptos reciben sin gastos adicionales:

- Salen de Basilea en el tren rápido nocturno, segunda clase.

- Los recogen en la Estación de Metz con un auto y los llevan al hotel.

- Pernoctan en un hotel de primera categoría, con servicio y propinas incluidos.

- Desayunan opíparamente al día siguiente.

- Viajan en un cómodo automóvil por Metz y por los campos de batalla de 1870-1871 (Gravelotte).

- Visitan la muy interesante Fortaleza (Cuartel del Príncipe Heredero y Sede de una gran Cuartel General alemán) de Etain, con guía explicada.

- Recorren los poblados destruidos de la zona fortificada de Vaux, con enormes cementerios, llenos de cientos de miles de caídos.

- Efectúan una visita guiada por las barracas subterráneas de Fort Vaux.

- Visitan el Osario de Thiaumont, donde continuamente se admiten y se conservan los restos de los caídos no identificados.

- Tienen entrada gratis a Fort Douaumont.

- Recorren la trinchera "des Baíonettes", o la "des Ensevelis".

- Viajan hacia Verdún a lo largo del Ravin de la Mort, por las Carriéres d"Haudromont y por Train Sauveur, al pie del Cote du Poivre.

- Se les sirve un almuerzo con vino y café en el mejor hotel de Verdún, con propinas incluidas.

- Disponen de tiempo para visitar les desechos de Verdún, la "Ville-Martyre", después de comer.

- Vuelven a la tarde pasando por la región espantosamente devastada de Haudiaumont y llegan de nuevo a Gravelotte y Metz por la zona bélica de 1870-1871 (Mars-la-Tour, Vionville, etc.).

- Se les sirve una cena con vino y café en el hotel de Metz, propinas incluidas.

- Se los lleva en auto a la Estación después de cenar.

- Vuelven a Basilea en el tren rápido nocturno, segunda clase.

Todo incluido por 117 francos, con suculentas comidas en alojamientos de primera clase.

A todos los interesados se les proporciona una guía impresa con el programa detallado y todas las indicaciones necesarias. Los viajes salen todos los días. A cada inscripto se le garantiza un asiento cómodo. En nuestras oficinas puede consultarse gran cantidad de notas de recomendación y de agradecimiento de anteriores viajeros.

¿Pero qué significan esas imágenes de horror y terror que un día se mostraron en Verdún, qué significa el asqueroso escenario del sanguinario delirio por el que las naciones se persiguieron a cambio de nada, comparado con la atracción turística que constituye este anuncio? ¿Acaso aquí no se cumple de manera ejemplar la misión de la prensa: llevar a los campos de batalla primero a la humanidad, y luego a los sobrevivientes?

Ustedes reciben el periódico a la mañana.

Leen sobre lo cómoda que les resulta la supervivencia.

Se enteran de que un millón y medio se desangraron justo ahí donde ahora está todo incluido: el vino, el café, y lo demás.

Cuentan, frente a esos mártires y muertos, con la ventaja de una comida de primera en la "Ville-Martyre" y en el Ravin de la Mort.

Viajan cómodamente en auto al campo de batalla, mientras que ellos apenas si habían arribado en vagones de ganado.

Escuchan todo lo que se le ofrece como compensación por los sufrimientos de ellos y para tener una experiencia de la que hasta hoy ustedes no podían imaginar ni el propósito, ni el sentido ni el motivo.

Comprenden que todo ha sido organizado para que si alguna vez de la gloria no queda más que la bancarrota, al menos haya un campo de batalla *par excellence* a mano.

Aprenden que sí hay novedades en el frente, y que hoy se vive mejor allí que antaño en la retaguardia.

Descubren que lo que puede ofrecer la competencia, que sólo cuenta con los muertos de las batallas de Argonnes y del Somme y con los osarios de Reims y St. Mihiel, es una bagatela si se lo compara con la oferta de

primer nivel del "Noticias de Basilea", que indudablemente ha tenido éxito en incorporar las bajas de Verdún a su lista de abonados.

Comprenden que la meta ameritaba el viaje promocional, y que éste ameritaba la Guerra Mundial.

Reciben un rico desayuno, a la par que Rusia muere de hambre, tan pronto como se deciden a incluir los campos de batalla de 1870-1871, y todo en uno.

Disponen de tiempo, después del almuerzo, para cooperar con el registro de los restos de los caídos no identificados, y tras cumplir con ese número del programa, aún tienen ganas de cenar.

Se enteran de que los Estados, cuyas víctimas son ustedes mismos tanto en la guerra como en la paz, ahora les evitan los trámites de aduana, si es que se hace el viaje al campo de batalla y se consigue a tiempo un boleto en el periódico.

Se informan de que esos Estados tienen leyes que protegen expresamente tanto a la vida como al honor de los piratas de la prensa, quienes hacen de la muerte un deporte y de la catástrofe, un negocio, y recomiendan especialmente la excursión al infierno como vacaciones de otoño.

Se preocuparán por no transgredir esos artículos, pero luego le enviarán una carta de agradecimiento y reconocimiento al "Noticias de Basilea".

Reciben impresiones inolvidables de un mundo en el que no hay un centímetro cuadrado de superficie que no haya sido removido por las granadas y los anuncios.

Y si aún no han reconocido ustedes que por el hecho de haber nacido han ido a parar a un antro de asesinos, y que una humanidad que ultraja la sangre que ella misma ha derramado se compone íntegramente de vileza, y que ante ella no hay ni escapatoria ni auxilio... ¡que el diablo se los lleve a un campo de batalla *par excellence*!

La bendición de la guerra[64]

HACE poco, de noche, mi vecino golpeó la pared de mi estudio. Oí sus golpes así como él antes había oído mi risa, pues estos edificios modernos tienen las paredes delgadas, y mi actividad lo había despertado. Me río una noche tras otra, desde hace veintiséis años, cuando la materia prima del tiempo se dio a la tarea de moldearme. Pero nunca me había reído como últimamente, cuando en un momento de ocio -bueno, como ahora mismo-, parado frente a mi biblioteca, mi mirada cayó sobre un pequeño volumen rojo sangre, y me encontré sentado a mi escritorio leyendo *La bendición de la guerra*, el librito de Hermann Bahr (Ediciones Delphin, Munich, 1915). Faltan las páginas 9 a 12. Esas, por lo tanto, ya las he arrancado; contienen aquel inolvidable "Saludo a Hofmannsthal" que comienza con las palabras "Sólo sé que usted está empuñando las armas, querido Hugo, pero nadie puede decirme dónde", el saludo que lleva también la esperanza del remitente "Tal vez el querido viento mece el fuego de su vivaque", y más adelante la absoluta confianza: "¡Sin embargo ustedes deben estar ya casi en Varsovia!" y la suposición de que "Poldi debe estar chapoteando por su habitación"[65] en tanto afuera suenan los tambores; en breve, esa carta que puse a disposición de los suscriptores en los números 423-425 de mayo 1916. Las tórtolas risueñas y los tordos burlones no conocen hasta el día de hoy un texto tan eficaz como punto de partida de su oficio. Pero no recuerdo desde entonces haber arrancado algo más que el hasta hoy inolvidable capítulo; lo restante está intacto, ni siquiera tiene subrayados, y aunque es muy posible que en el espantoso humor de guerra de aquel

tiempo haya cosechado alguna cita de los "Diarios", que ya configuraban un anticipo, creo sin embargo que el grotesco total de esos diez capítulos siguientes ha quedado hasta ahora inexplorado. Con frecuencia he pensado que para el montón de poetas y literatos de los Estados Centrales no podría haber tortura más grande que la de reimprimir hoy, frase por frase, aquello que garabatearon entre 1914 y 1916 (pues por entonces se instaló la obediencia perruna), en parte por ofuscada necedad, en parte por la especulación de que encomiando la heroica muerte ajena se ahorrarían la propia. Pero para desatar la célebre carcajada del infierno, alcanza sin embargo con uno de los aportes de ese Hermann Bahr a quien, es sabido, la edad hizo innecesario aquel cálculo. Yo sólo puedo aconsejar imperiosamente a los de paladar fino procurarse ese librito, hundido en el torrente de la literatura bélica, pero que gracias a mi advertencia alguna vez tendrá un alto valor para coleccionistas. Jamás habrán leído algo semejante, y no podrán creer que de una cabeza que ya para entonces peinaba canas, como muestra la portada, broten esos pensamientos. Pero el mártir cristiano, a quien sólo calma la caricia de los ojitos sabios del mundo, que se hace con ellos un jolgorio, realmente ha escrito esta *Bendición de la guerra*, y ya desde el prólogo -escrito en el "Adviento de 1914"- está empeñado en asegurarse contra el malentendido de que él de ninguna manera llama a la guerra una bendición, sino que sólo quiere decir "que seamos capaces de sacar de ella una bendición". También ése hubiera sido sin duda un propósito innecesario, pero de qué sirve ensayar en Adviento un nuevo significado para *La bendición de la guerra* ("en primer lugar, ni me hubiera imaginado en el deber de pronunciarla"), cuando en octubre se había dicho claramente:

Quiero impartir una bendición de guerra, expresar la bendición que está en todos los labios, que nosotros todos, allí donde en el mundo haya alemanes, todos bendigamos, bendigamos, bendigamos esta guerra.

Él no tenía el propósito de tornarse lírico. En esos tres meses no había compuesto siquiera un poema bélico.

¿Quién puede decir esto de sí mismo? ¿Quién me imita en eso?

Yo, por ejemplo; por más que el poema bélico, que yo no hice, era mío. Pero lo que yo con seguridad no pude imitar del señor Hermann Bahr, lo que yo de él puedo sólo reimprimir, es cada línea de

La bendición de la guerra, y en particular el capítulo "¡Ante nosotros se hace patente la esencia alemana!". Comienza con las palabras:

¡Y así llegara a cumplir cien años, no me olvidaré de esos días! Es lo más grandioso que hemos presenciado. ¡No sabíamos que podía vivirse algo tan grande!

Entre tanto el hombre pudo experimentar cuánta razón había tenido. Lo inimaginable de aquellos días, cuando un demente imaginó conocer sólo a los alemanes y a ninguna otra facción, y desenvainó la espada con la que el mundo volaría gracias a la dinamita, arrancó al señor Hermann Bahr tonos como:

Nos hemos recuperado, ahora no somos otra cosa que alemanes, y eso nos basta para todo; ahora vemos que con ello es suficiente para vivir y para morir... Nuestra nación rebosa de armas, y el corazón de cada alemán, de confianza absoluta. El pueblo por entero es una única espada de fe. ¡Ante nosotros se hace patente la esencia alemana! En todos los corazones alemanes late ahora la ira sagrada. Una ira santa, una ira que santifica, una ira sanadora. Se cierran todas las heridas alemanas. Estamos curados. ¡Loada sea esta guerra, que desde el primer día nos ha liberado de todos los desastres heredados! Y cuando otra vez reine la paz, entonces también deberemos merecer el haber vivido esta sagrada guerra alemana... En la esquina hay grupos frente al último boletín de noticias. Por ahí, alguno cuenta en voz alta cuántos enemigos tenemos; ahora ya son como seis. Entonces se produce un lapso de silencio. Pero luego uno dice: ¡a muchos enemigos, mucha honra, y vamos a triunfar, pues la nuestra es una causa justa!... Es la bendición de esta gran época: que aprendamos nuevamente a confiar en el espíritu. Los alemanes de hoy podemos, como nunca, ser parte de una purísima existencia espiritual, pues la esencia alemana se nos hizo patente.

Y lo que tampoco puedo imitar del beato, al que por entonces el Espíritu Santo se le hizo patente bajo la forma de la esencia alemana, es la observación en la que enumera todo lo que no es cierto:

Pues tampoco es verdad, como se nos ha enseñado en todas las escuelas, como hemos leído en todos los libros, que cada guerra sea una desgracia espantosa. También esta guerra es horrible, pero sirve a nuestra salud. ¡Así la sentimos! ¡Y así la sentíamos desde el primer día! Y con los ojos vemos la movilización alemana, con nuestros ojos desde entonces benditos.

A primera vista, dicha observación le recuerda a quien posee una ínfima sensación de las continuidades temporales a Meister Eckhart y Johannes Tauler, a la mística alemana, desde la cual, pasando por el gótico y el barroco alemán, sólo hay un salto hasta Federico el Grande, Kant, etcétera.

¿Y qué es pues la música alemana desde Bach, pasando por Beethoven, hasta Wagner y Richard Strauss, sino entusiasmo con disciplina? La música alemana fue nuestra movilización. En ésta ocurre exactamente lo que en una partitura de Richard Wagner: ¡el éxtasis más completo dentro de la más absoluta precisión!

Por cierto, la alemana, o sea la movilización precisa. La austríaca era cada vez más la marcha Nechledil.[66] Bach y Beethoven son pertinentes cuando de movilización -o sea, cuando de música- se habla, y que el imperativo categórico de Kant ha ejercido efecto en el "dale que dale" es más claro que la cera para zapatos. Pero mientras los nuestros sollozaban cuando debíamos presenciar cómo las criaturas de Dios eran empacadas en vagones para ganado y llevadas al matadero, sabiendo que las hienas harían un paseo en el coche-salón para verlo, una visión como esa inspiraba en los cristianos ejemplares sensaciones como:

Y así, cuando vemos el prodigio de esta movilización
-pues el devoto aún vive milagros-

toda la capacidad militar alemana acondicionada en vagones de ferrocarril, rodando a través del país, día tras día y noche tras noche, jamás un minuto tarde y en ningún lugar una pregunta para la que no hubiese una respuesta preparada, y nunca una inquietud en la que ya no se hubiese pensado antes -"no se ha presentado ningún pedido de aclaración", dio a conocer en su alemán espartano, prusiano, el jefe del Cuartel General-, y así, cuando vemos el milagro de la movilización alemana, no nos sorprende para nada, pues no es un milagro, sino el resultado natural elaborado desde hace un milenio, el producto de toda la historia alemana.

El creyente se revela entonces como racionalista. Pero que el producto de toda la historia alemana -por cierto, ríos de sangre- fluiría hacia las hienas, justo eso no lo sabía. Está pletórico de confianza absoluta; "querida patria", asegura, "podía realmente estar tranquilo".

Pero entretanto se produjo todavía algo más: por una vez había tan sólo alemanes.

Él apreciaba ese triste acontecimiento, por lo tanto:

Cuando el Kaiser pronunció eso, todos contuvimos el aliento. También eso salió como desde lo profundo del anhelo alemán, sonaba como el grito de águila del anhelo alemán más antiguo y originario.

Si el anhelo alemán tiene un grito de águila, que allí se quede, para no pensar justamente en el celo con que este pájaro se arroja sobre su presa. Pero al señor Bahr precisamente estos afanes le han arrancado el mayor gozo. Pues la satisfacción de que "en ese día", el día en que un comediante con corona se calzó la espada con fines fotográficos, "había tan sólo alemanes", no era suficiente a largo plazo. "Ningún sacrificio es demasiado para nosotros si el premio es que haya tan sólo alemanes", clamaba.

¡Si fuese verdad que en la guerra hay tan sólo alemanes, pero en la paz volviera la maldición de la eterna discordia alemana, entonces quiera el Dios verdadero que la guerra sea eterna y la paz no regrese nunca!

Pero más. Si para él ningún sacrificio de Alemania es demasiado para el premio, ningún premio es demasiado para el sacrificio que Alemania impuso al mundo. Desde las palabras del Kaiser han transcurrido tres meses, constata él, "y en esos tres meses se han dado entre nosotros tan sólo alemanes". Muy poco.

Ahora nos hemos conocido, cada uno a cada quien, y también a sí mismo. Y aquí se evidencia que somos realmente decentes, ¡y nosotros no lo hubiéramos siquiera creído!

Pero tampoco este resultado -que particularmente para mí fue una gran sorpresa, pues yo estaba más cerca de suponer que los panegiristas de la guerra, los que dan coraje a sus víctimas desde su casa, pertenecen a las personas en general indecentes y que todo el hato ileso de escritores no compensa ni un solo soldado caído-, tampoco ese resultado es para él suficiente. Propiamente, el señor Bahr espera que después de la guerra no únicamente en Alemania haya "tan sólo alemanes", sino también fuera de ella; sí, él no sólo lo espera, sino que lo predice. Y yo tampoco hubiese podido imitar sus profecías. Lleno de confianza absoluta y preocupación a la vez por la moral y por la forma externa de las cosas, pregunta:

Apenas su patria esté otra vez segura, ¿dejará otra vez el alemán de ser alemán y transformarse de inmediato otra vez en algún socialdemócrata, o comunista, o republicano

[67]? *¿Otra vez, también ahora? Seguro tendrá muchas ganas de hacerlo. Pero quizás esta vez le resulte algo más difícil. De esta guerra vuelve a una patria que apenas es la misma de antes.*

Se ha extendido; la patria alemana será más grande. El viejo Arndt

[68] *deberá ser reformulado. Nunca más el simple "¡hasta donde suene la lengua alemana!". No, aún más allá. La patria alemana irá ampliándose cuando suene la lengua alemana. Acá tendrá Arndt algo para hacer... Es probable que después de esta guerra, y por muchos años, no haya compatriotas alemanes sin trabajo. Todos estarán ocupados con el nuevo orden.*

Un visionario. Prescindiendo de los desempleados, él ha pensado en la reparación y en la ocupación de los trabajadores alemanes, quienes tendrán que compensar la devastación en los territorios enemigos.

Aquello que la espada ha conquistado, ahora debemos hacerlo propio.

Esto es más bien nombrar abiertamente la anexión de Bélgica. Cita a Bismarck, que habló de los lucios a los que en el alborotado ámbito europeo los alemanes les impiden convertirse en carpas. Dar por terminado ese impedimento es un juego de niños. El señor Bahr lo hace así:

Puesto que nunca podremos cambiar nuestra naturaleza interior, sería bueno para ella si una cantidad, una cantidad considerable, de esos lucios europeos entraran ahora a pertenecemos por completo.

Eso le daría ocupación al compatriota alemán. Y ahora por cierto, también debemos reconstruir Europa. Está parada sobre un cimiento putrefacto; hay que moverse. Por cierto, parece haber pensado en las Reparaciones de Guerra. Por supuesto, de otra manera:

La reconstruiremos, con cimiento alemán. Ahí tenemos trabajo suficiente.

Ése Hermann Bahr, entonces, se ha contado entre quienes estaban convencidos de que la esencia alemana, para la que algunos Tratados eran papel mojado, pero admitía los gases venenosos como una realidad, esa esencia, pues, sanaría al mundo. Se alegra por la unidad alemana y sólo nos falta saber si hace una cita disimulada de Heine cuando dice:

Tan pronto como se pudo comerciar, nos entendimos.[69]

No, a él le interesaba un rábano lo que el mundo pensara de eso. El mundo ya no le importaba, puesto que estaba a las puertas de hacerse alemán, y eso debía resultarle tan satisfactorio como a los mismos alemanes. Ese creerse poseedor de la única verdad, ese derecho a la completa autonomía, pero que en el propio ámbito de influencia traza límites a los demás, que por ese entonces se denominaba "mentalidad", fue llamado "nuestra conciencia". Sobre esto *dijo el* señor Bahr:

Yo creo que ahora en ningún caso debemos preguntar qué piensan otros pueblos de nosotros. Alcanza con lo que nos dice nuestra conciencia. Si a otro le habla distinto, pues tendrá que aprender alemán.

Tras esta confesión, ya es por cierto incomprensible que por aquel entonces haya habido en Salzburgo además de para Hermann Bahr, sitio para un Lammasch,[70] y que aquel hubiera condescendido a tratar con éste. Pero cuando el señor Bahr piensa que el mundo debería aprender alemán, debería sin duda también indicarlo para sí mismo, pues por el momento construye todavía oraciones como:

Quien desde su casa escribe sobre ellos (los héroes) lo cree deber a ellos el uso de un tono vigoroso...

o sea que en realidad piensa: algo le debe a alguien, y no más bien: a alguien se le debe algo. (Lo correcto sería "cree deberles...", y más bonito aún: "cree estar en deuda -con ellos- de..."). Pero entre tanto emplea también el giro: no se le podrá exigir que esté afectado por una sugestión confundiendo "exigir" (*zumuten*), que significa "solicitar" (*verlangen*), con "tener fe de" (*zutrauen*), como lo hacen todos los periodistas. (Sólo cuando alguien sugiere algo puedo tanto exigirle como tenerle fe de que lo haga: de hecho exigir que lo haga, y tener la fe de que es capaz para ello.) Y como todos los austríacos, disfraza su satisfacción por la Guerra Mundial con las palabras:

está pues a favor

que en toda Alemania no hay persona que las entienda, y cuando el amigo Sedlatschek la dice, el camarada Wagenknecht[71] recién va cayendo poco a poco en la cuenta del significado de la afirmación: "valía la pena", y sin embargo él mismo no está de acuerdo. Y en lo que a sugestión respecta, ésa que el señor Bahr rechaza como exigencia: ¿qué otras disculpas, que otro fundamento para suavizar el castigo que merece su *Bendición de la guerra* que la de que se hallaba bajo el influjo de la sugestión? Para afirmaciones de una imbecilidad bamboleante como ésta:

Lo que nosotros, con temerosa impaciencia, esperábamos recién para un futuro lejano, ha ocurrido el 1° de agosto. Desde entonces Weimar y Bayreuth andan de cuerpo presente a nuestros pies. Esto no lo creerán.

¿Realmente no? Nosotros creemos todo lo que fue entonces posible, incluso esto:

Todo lo que en horas sublimes una catedral gótica nos animó a intuir, un Beethoven nos anunció, el Fausto diseñó, marcha ahora a su concreción; se cumple la promesa ancestral, el vaticinio alemán se convierte en verdad. Vivimos nuestro más profundo sueño. No deje pasar la hora más grande, ¡venga!

Le escribe a un "amigo distante", quien no sólo era tan prudente como para no ir, sino además para estar de vacaciones en el extranjero, ver las cosas de un modo distinto al señor Bahr, y considerar el "vaticinio alemán" como un espejismo mundial. De todos modos le cayó mejor el proyecto de Goethe para la movilización alemana, el Fausto, que tomar parte en ella. El patriota intentó infructuosamente atraerlo con una descripción de hechos heroicos, que comenzaba con las siguientes palabras:

El regimiento salzburgués, nuestros cabales hombres de frontera, están en la avanzada. Hace poco uno escribió a su casa sobre ello, con el encabezamiento: al Kaiser Karl en Untersberg.

En esa tarjeta del correo militar, quizás la única que el Kaiser Karl en Untersberg alguna vez recibió, estaban las palabras:

"Ven, Kaiser Karl, ya es hora".

Esto es, que se reúnan en torno a él, contra los oscurantistas, todas las gentes esclarecidas, a fin de que despunte el tercer Reich. Así declara el señor Bahr, el que cree en supercherías que sólo pueden ser contadas a los más jóvenes salzburgueses y elogia a los cabales hombres de frontera, mientras agrega el siguiente *post-scriptum* a la tarjeta:

¡Y con eso dice todo lo que nosotros sentimos; ¡Todos sentimos que el alemán lucha ahora por la humanidad entera, por todas las personas esclarecidas!

Pues:

El 1° de agosto asomó por primera vez la Alemania verdadera.

Él se refiere propiamente al día en que fue instalada la mentira infernal de las bombas sobre Nürenberg, con el fin de iniciar en el mundo el gigantesco engaño sangriento.

Y para mí no pasa desde entonces un día sin que agradezca a Dios el haberlo vivido. Así como todo mi pensamiento, toda mi esperanza, todo mi error, adquirió un sentido...

Pero si el pensar, el esperar y el equivocarse del señor Bahr han recibido un sentido recién de manos de la Guerra Mundial, entonces ahora no puedo rastrillar la hojarasca: sólo me resulta comprensible cuál podría ser el sentido de su error. El señor Bahr cree por supuesto en la sagrada guerra defensiva, por la que hoy nadie da un centavo,[72] pero entonces atrajo a millones, y con la que Bahr también quería atraer al "amigo distante":

Fuimos agredidos, debíamos defender nuestro pellejo.

¿Fue destruida la Europa del espíritu?

No fuimos nosotros, sino el odio lo que la destruyó. Nosotros hubiésemos llevado adelante la guerra sin odio. Ni tan siquiera a los ingleses, que de corazón hubieran querido obligarnos a despreciarlos, odiábamos.

Si hacemos eso, que Dios castigue a Inglaterra y conserve a Lissauer.[73] ¿Y por qué nos odiaban los otros?

Eso suscitó su odio: el ruso, el francés, el inglés,

[74] *en suma, aquellos a los que les teníamos preparados un tiro, un golpe, o una patada en nuestras bocas cantoras, nos odiaban porque con cada uno de los tres teníamos algún pleito común, aunque ellos fueran más.*

Para la reparación que resultaría necesaria como consecuencia de eso, el señor Bahr ya tiene sus planes precisos:

No tenemos ningún temor sobre eso en Europa.

[75] *Ya la reconstruiremos. Y de un modo más amplio, más firme y profundo: con amplitud alemana, sobre fundamentos alemanes, con profundidad alemana. Así, la próxima vez se sostendrá mejor.*

Por aquel entonces él no era todavía negro-amarillo hasta los huesos,[76] con lo cual se hubiera puesto inmediatamente en ridículo; era negro-blanco- ¡Y ustedes van a lamentarse de que Europa se haya convertido en prusiana! Pues bien, Prusia no es culpable de ello. Es algo que en verdad no se ha siquiera pedido... Prusia hará la nueva Europa.

¿Y qué pasa en tanto con el militarismo?

Tres meses antes yo también me hubiera mandado mudar. ¿Y quién no? Pero desde entonces hemos conocido personalmente al militarismo. Ahora Ies pedimos perdón por todo. Venga usted aquí y véalo por sí mismo. Vale la pena.

Él quiere decir: se lo garantizo. Pero el amigo distante pensaba de otra manera, y más todavía, se sentía tan lejano de ser alemán, que pensaba para sí: ¡no, nada que yo deba hacer! La descripción alborozada del señor Bahr no podía atraerlo:

Vivimos ahora bajo una especie de dictadura militar. En cada ciudad decide un General. Y pregunte usted a los trabajadores, pregunte usted a los socialdemócratas...

Pero aquí sería posible que de verdad tuviera razón: los socialdemócratas alemanes, los hombres con poder de decisión, ante el ímprobo camino que se iniciaba, no lo pensaron más tiempo que el necio que lo compró, después no lo quiso, y por último se escapó. Si como a un anarquista alemán, al señor Bahr le entusiasmó que en su momento tengamos "gracias a Dios una dictadura militar". Pero he aquí que al señor Bahr su edad lo puso a salvo de algunas, sino de todas las molestias, y así tuvo en casa también la oportunidad de realizar algunas consideraciones sobre el heroísmo.

Leónidas hizo su entrada masivamente: en un día hubo más heroísmo que en todas las guerras Púnicas.

Pero también la razón que expone para ello, lo entusiasma:

Hay un heroísmo bajo el mando, no en el ataque, sino como condición... no heroísmo como afecto, sino como carácter.

Y éste justamente debe ser generado por el mando.

Ahora la lucha no es más una espléndida representación teatral. Tal vez alguna vez lo fue para el lector de la literatura del Estado Mayor, después de años de profunda paz, ¿pero dónde están entonces nuestros héroes?

Aquí, por supuesto, tiene razón otra vez. El heroísmo como carácter, por tanto el heroísmo bajo mando, le parece ser de una "belleza abstracta", "la belleza de la ecuación matemática", "una belleza del puro espíritu", lo que por supuesto tenía su veracidad cuando el material humano fue "instalado" y en especial bajo el mando del archiduque Federico. ¿Y en qué pensaba cuando enviaba cartas por correo militar? ¿En la inimaginable infamia que mostraba la humanidad en esa forma de preservación de los negocios de familia? No, él debía

nunca arbitrariamente, pensar en la segunda parte de la "Fuga Cromática" de Bach o en el preludio al tercer acto de los "Maestros Cantores".

Pues justamente de allí viene el arte que esta guerra nos trae, "si es que nos trae un arte". Y con una oración, él ya está en la coyuntura:

Y si yo fuese Reinhardt

[77] *ensayaría ahora, en completo silencio,” La hija natural",*

[78] *pues podría ser el momento de ella, ahora que nuestros héroes vuelven a casa desde el campo de batalla.*

"Sin embargo no se debe profetizar" dictamina de seguido, con razón. Pues en tanto los héroes que regresan a casa desde el campo de batalla, el público del señor Reinhardt está más ansioso por no caerse a pedazos que por *La hija natural*. El señor Bahr ahora revoca las profecías en general.

...nada de lo que desde hace años nos ha profetizado la gente sensata tuvo lugar.

¿Han dicho que la guerra podría durar apenas catorce días? Él está preparado para aguantar todavía cinco meses.

Y si es preciso, diez, y en última instancia, lo suficiente hasta acabar con el enemigo.

El señor Bahr se burla también de otros profetas:

¡Ellos predijeron la Comuna en todas las grandes ciudades, el levantamiento de los eslavos en Austria, la revolución en Rusia... y tantas cosas más! Hoy nos reímos de eso. Los conocedores de Alemania no la conocían, los conocedores de Austria no la conocían, los conocedores de Rusia no la conocían.

Así, burlándose de toda previsión humana, es la realidad.
¡Sea loada!
Sólo no se ha burlado de sus previsiones:

Y en silencio, a la guerra se le perdonan muchas cosas; ha sido, por lo que parece, calumniada. No es cierto que la guerra tal como hoy la llevamos adelante embrutezca a la gente, no: la hace más seria, más callada, más lúcida. ¡Si en la paz nos quedara todo lo que la guerra extrajo del interior de los hombres!

No se puede negar que este deseo se ha cumplido. Antes de que el señor Bahr lo haya experimentado, pudo constatar "el renacimiento del Ejército austríaco", nombre bajo el que él entiende, por supuesto, simplemente el reclutamiento de distintas naciones con un propósito que todas ellas odian en común, pues en el colapso del ejército él no había, por entonces, participado. Así arriesga quien ya no es apto para las armas, pero todavía lo es para prestar con la pluma el servicio de escribir la infame oración:

Y por eso envidiamos a la nueva juventud, que ahora puede participar en esta guerra.

Pues ella acude allí, junto con la muerte heroica de los estudiantes de bachillerato, "el derecho a ser Austria", con el que más tarde, una vez acabada la cuestión penal, esa juventud será procesada por el camino del derecho civil que conduce a Ginebra.

Súbitamente, sin embargo, y ante el convencimiento de que la guerra no embrutece a la gente, el señor Bahr comienza a ponerse miedoso. No le alegra que los chicos pierdan la moral:

ya es suficiente con que los adultos se desmoralicen.

Por eso los maestros deberían "dejar hablar a sus corazones" y leer a los niños diariamente las noticias de guerra. Esta pedagogía es prescripta por la ciencia:

Ahora estamos en guerra.

El señor Bahr se ha percatado también de que vivimos en una "gran época".[79] Lo que a él por cierto no le impidió retratar la horrible mierda en que se veían obligados a vegetar los pobres refugiados polacos. A cuyo capítulo le sigue otra vez un valiente "Llamado al derroche" en que el autor, en posesión de la más profunda comprensión de la economía nacional y visión de futuro, como profeta señala:

El más grande derrochón es hoy el mejor patriota. ¡No piensen en el mañana! ¿Qué será mañana? Mañana será la victoria. Y con ella la oportunidad de ganar mil veces lo que hoy derrochamos.

Aun si no sabes contar, debes encargarle algo al sastre,

pues él tan pronto como reciba tu encargo, el encargo de un ciudadano presumiblemente solvente, y pueda presentarlo, inmediatamente recibirá el correspondiente anticipo, barato y pagable después de la guerra. ¿Dónde recibe el anticipo? En el Banco de Préstamos Urgentes. ¿Y dónde está? En Berlín y en Munich. Mañana también por aquí. Los medios necesarios para ello ya están ahora en todas partes, gracias a la guerra. Pues para un Banco así no es necesario nada más que la confianza. Y ella descansa en la comprensión de que se puede emitir dinero basado en la confianza. Y de confianza estamos llenos: es la gran bendición de esta guerra.

El capital de estupidez necesaria de este Banco de Préstamos Urgentes sería acompañado, además, por la dotación del Estado y los saldos bancarios,

los que recién podrán ser reclamados después de la victoria, y quedarán en suspenso, hasta que no hayamos vencido, vencido como para pagar todo.

Como castigo, por poco que lo hayamos pensado, ¡es mejor la derrota! Eso ha escrito pues literalmente el señor Bahr, y el engaño de que serán culpables las patrias -además de la muerte de sus ciudadanos- el día del Juicio Final, es candorosamente expuesto por anticipado como sigue:

Entonces junten vuestro simple dinero, el que todavía tienen, y tráiganlo a ese Banco, como regalo o como depósito. Y entonces contraigan deudas sin temor. Y no sean histéricos, es asunto terminado.

Debe aclararse que estas lecciones y pensamientos escritos en Salzburgo, que desde el punto de vista del derecho debieran haber sido escritos en Hallstatt,88 datan del año 1914, y ese lapso disculpa la enorme cantidad de formas alpínoides de pensar.[80] Pero no obstante es saludable traer a la conciencia de una humanidad olvidadiza qué dijeron y cantaron por entonces sus poetas y pensadores, con qué disparates se entretenían a sí mismos y a ustedes, y cuán metódicamente todos los que no tuvieron la dicha de volcar su desequilibrio mental en la literatura cayeron rápidamente

en la perdición. Mi propuesta -tendiente a establecer la paz- de comenzar azotando a los literatos de guerra frente a los inválidos, ha quedado tan incumplida como las esperanzas alimentadas con estupidez y venalidad. Después de todo, ya que como saben, todavía no hemos triunfado, debemos tener ahora al menos la ordenanza legal para que en cada aniversario del inicio de la guerra sean obligados a escucharme leyendo lo que entonces escribieron. Yo creo que ellos, enfrentados a una humanidad que sigue reconociéndolos como instancias culturales, sentirán tanta vergüenza como para sumarse al coro del estribillo: "Se cree que nos hundimos en la tierra". ¡Ya que muchos que habrían merecido ver el sol por el lugar en que están, se han hundido en la tierra.

Notas

[1] Harden moriría exiliado en Suiza, tras un atentado similar a aquel en el que perdiera la vida su amigo Walter Rathenau en 1922.<<

[2] En *Die Fackel* N° 214-215. Timms menciona también a D. Spitzer (Timms, 1990: 49).<<

[3] "El odio de Kraus hacia la prensa es fruto de su obsesión con la exigencia de discreción. También en ésta se manifiesta el antagonismo burgués. El concepto de lo privado, que Kraus respeta sin crítica, la burguesía lo convierte en el fetiche *My home is my castle*" (Adorno, 2003: 355). (Las citas remiten a la bibliografía final.)<<

[4] Cfr. Jürgen Habermas: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (Barcelona, Gustavo Gili, 1994), en especial cap. VI, § 20. Asimismo, para un panorama amplio de la explosión del periodismo como medio masivo, cfr. Raymond Williams: *La larga revolución* (Bs. As., Nueva Visión, 2003), en especial cap. 3, parte II. <<

[5]Benjamín, 1986: 159. Apuntemos, de paso, que Kraus es también uno de los 'precursores' del propio Benjamín, así como también de los más conspicuos miembros de la denominada Escuela de Frankfurt.<<

[6] Llámase así a un hecho (fact) inexistente pero sí verosímil, que circula por los medios y que justamente por eso tiene posibilidades de hacerse real. [7] Kraus, 1981: 40.<<

[8] El propio Kraus nos ha dejado un retrato de esa actitud en una evocación infantil (probablemente exagerada, de todos modos): "yo era un alumno modelo, porque me atenía a cada palabra del profesor para notar sus ridiculeces" ("Die Welt der Plakate", *Die Fackel* N° 283-284, junio de 1909, p. 19).

[9]*Die Fackel* N° 136, 30 de abril de 1903, p. 23.

[10] En "En esta gran época", incluido en este volumen.

[11] Canetti, 1994: 320.<<

[12] Una de las pomposas consignas de la casa Habsburgo era *AEIOU*, a saber: *Austria [erit] in orbe ultima* ("Austria será el último con vida en el mundo").
[13] "Prozess Friedjung", en *Die Fackel* N° 293,1909, p. 1.<<

[14] Cit. en A. Bloch, *Germán Poetry in War and Peace*. A *Dual-Language Anthology*, ed. por F. Barón, Kansas, Max Kade Center / U. of Kansas, 1995, p. 62.<<

[15] "Donde se queman libros, al final también se queman seres humanos" (H. Heine, *Almansor*, 1821).<<

[16] "Die Entdeckung des Nordpols", en *Die Fackel* N° 287,1909, p.ll.<<

[17] "Untergang der Welt durch schwarze Magie", *Die Fackel* 363- 365,12 de diciembre de 1912, p. 1.<<

[18] "Das ist der Krieg -c'est la guerre- das ist der Moloch!", *Die Fackel* N° 360-362, 7 de noviembre de 1912.

[19] "Untergang...", v. nota 16; el artículo íntegro, p. 1-28.<<

[20] La saga de *La antorcha* es una de las instancias que más esclarece las contradicciones inherentes al periodismo en un sistema liberal: para poder denunciar a la prensa oficialista, Kraus debió eludir a la censura oficial; y una vez que logró consolidar su posición, gracias a la relativa libertad de prensa, comenzó una campaña para poner límites a... la libertad de prensa. <<

[21] Adán Kovacsis, *Guerra y lenguaje*, Barcelona, Acantilado, 2007: 71.
<<

[22] Con gran tino ha observado Timms que "Kraus empezó la guerra como monárquico reaccionario y la terminó como radical republicano" (Timms, 1990: 361).

[23] En *Die Fackel* 462-471, 9 de octubre de 1917, p. 1-7.<<

[24] V. por ejemplo los artículos *El juicio final* y *La aventura tecno-romántica*, en este volumen.

[25]*Die Fackel* 1, comienzos de abril de 1899, p. 1-3. Traducción: M. G. Burello.

[26]*Was bir bringen* ("Lo que traemos"), obra de Goethe. El juego de palabras con *Was bir umbringen* ("Lo que matamos") es irre- producible en la traducción.<<

[27] Daniel 5, 25-28 ("Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin. Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto").

[28]*Zde* en el original.<<

[29] "In dieser grossen Zeit", *Die Fackel* 404, 5 de diciembre de 1914, p. 1-19. Traducción: M. G. Burello.<<

[30] “Manchas blancas" eran los espacios sin texto que quedaban en los periódicos por acción de la censura a último momento.<<

[31] Shakespeare, *Hamlet*, III, 2. En: *Obras completas I (Tragedias)*, ed. de L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 2007, p. 136.<<

[32] "Mein und dein und Stein und Bein": en el original, términos muy semejantes.<<

[33] "Los grupos se formaron" juega con la idea de "formarse" (*sich bilden*) en sentido espiritual, así como "masificarse" (*sich massieren*) también implica "masajearse".<<

[34] Max Nordau (1849-1923), polémico pensador de origen húngaro y extracción judía. Fue corresponsal de la prensa austríaca desde París, sobre todo a causa de su amistad y su co-militancia con Theodor Herzl, el proclamador del sionismo moderno.<<

[35] Gerhart Hauptmann (1862-1946), cuyo apellido también vale por capitán" (especialmente propicio en este contexto), gran narrador y dramaturgo alemán, premio Nobel de Literatura en Dehmel (1863-1920) y Hugo von Hofmannsthal \ 4-1929), alemán y austríaco respectivamente, fueron dos eminencias literarias de la época, distinguidos por su lenguaje refinado y su penetración psicológica.

[36] En el original, *Rotte* (tropa) y *Flotte* (flota naval).<<

[37] Ferdinand Hodler (1853-1918), pintor suizo que pasó del naturalismo al expresionismo en sus últimos años, y Ernst Haeckel (1834-1919), biólogo alemán que difundió y desarrolló las teorías de Darwin.<<

[38] Detlev von Liliencron (1844-1909), el mayor poeta lírico de origen alemán de su tiempo. Participó activamente en las guerras contra Austria y contra Francia, y llegó al grado militar de capitán. En la primera lectura pública de este texto, Kraus leyó también algunas piezas de Liliencron, a quien veneraba.<<

[39] Der Ernst der Zeit und die Satire der Vorzeit (Zum Eingang eines Leseabends)", *Die Fackel* 405, 23 de febrero de 1915, p. 14- 20. La velada a la que se refiere había tenido lugar el 13 de fe- rero de 1915 en la sala pequeña de la Asociación de la Música.

recaudado por la venta de las entradas estaba destinado a a asistencia de soldados ciegos e inválidos. Traducción: María Paula Daniello.<<

[40] Corona y Heller: monedas de diverso valor, hoy fuera de circulación.
<<

[41] "Kriegsausstellung", en *Die Fackel* 431-436, agosto de 1916, p. 26-27. Traducción: María Paula Daniello.<<

[42] Maximilian Ritter von Hoen (1867-1940), destacado militar y funcionario austríaco. Dirigió el Archivo de Guerra hasta 1925.<<

[43] Juego de palabras entre *künstlich* ("artificial") y *künstlerisch* ("artístico").

Pequeño espejo de agua que brota en suelo rocoso, exótico *como* paisaje y útil como manantial de agua. *Aquí* se refiere Puntualmente al "*Karst*" de *Viena*.<<

[45] La "Triple Entente" estaba constituida por Inglaterra, Francia y Rusia, en oposición a la "Triple Alianza" de Alemania, Austria-Hungría e Italia.<<

[46] “Das technoromantische Abenteuer", Die Fackel 474-483, mayo de 1918, p. 41-45. Traducción: Jorge M. Goldszmidt.<<

[47] Engadina es un valle alpino situado al este de Suiza. "The ank", por supuesto, vale en inglés por "El tanque".<<

[48] Las Erinias, o Euménides, eran las personificaciones de la venganza en la mitología griega; el culto romano las conoció como "furias".<<

[49] En dicha sesión del Parlamento alemán se decidió participar activamente en la guerra.<<

[50] El gas venenoso que se utilizaba en el frente de batalla era gas de cloro.<<

[51] Pieter Breughel (1564-1638), conocido como "el joven" para diferenciarlo de su propio padre (también pintor magistral de la Escuela flamenca), y más conocido en alemán como "Hollenbreughel" ("Breughel del infierno"), dada su predilección por los temas infernales y demoníacos.


[52] *Wallensteins Lager* ("El campamento de Wallenstein"): una de las tres piezas que componen la trilogía *Wallenstein* (1800) de Friedrich Schiller<<

[53] Río que fluye por el norte de la Península de los Balcanes.

dePalabras er>tre *abdanken* ("abdicar") y *verdanken* (deber").*entre el poder y los medios para imponerlo: ésa es la situación*; y como siempre sucede, la aventura tecno-ro- mántica en la que nos hemos metido llevará la situación a un final.<<

[55] "Weltgericht", *Die Fackel* N° 499-500,1918, p. 1-5. Traducción: M. G. Burello.<<

[56] Gorlice fue un punto de frontera entre tropas prusianas y zaristas hasta que en 1915, sorpresivamente, los alemanes quebraron el frente y traspasaron hacia suelo ruso, lo cual fue celebrado como un anticipo del triunfo de las "Potencias Centrales".

[57]*Lebensmittelmachte*: juego de palabras entre *Lebensmittel* ("víveres", "provisiones", y por extensión todo medio de subsistencia) y *Mittelmachte* ("Potencias centrales").<<

[58] Juego de palabras entre *Fusel* (el aguardiente de peor calidad) y *Schlachtruhm* ("gloria de batalla"), que recuerda al ron, y a su vez entre *Schlacht* ("batalla") y *abschlachten* ("matar al ganado").<<

[59] Shakespeare, *Hamlet*, V, 2. En: *Obras completas I (Tragedias)*, ed. de L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 2007, p. 163.<<

[60] El presidente norteamericano Woodrow Wilson (1856-1924), que con sus "Catorce Puntos" comenzó el enfriamiento de la Primera Guerra Mundial en enero de 1918.<<

[61] Juego entre *Hausrat* ("enseres" domésticos) y *Unrat* ("inmundicia"). <<

[62] "Reklamefahrten zur Hollé", *Die Fackel* 577-582, noviembre de 1921, p. 96-98. Traducción: M. G. Burello.

[63] Basler Nachrichten.<<

[64] "Kriegssegen", en *Die Fackel* 706-711, diciembre de 1925, p. 29-42. Traducción: Jorge M. Goldszmidt.<<

[65] "Poldi": Leopold von Andrian (1875-1951). Colaborador y amigo de Hofmannsthal, cofundador con éste y Reinhardt del Festival de Salzburgo.


<<

[66] Marcha de la opereta *Wiener Frauen* ("Mujeres vienesas") de Franz Lehár.<<

[67] H. Bahr emplea los modismos despectivos e intraducibies del habla popular para *Sozialdemokraten*, *Kommunisten*, y *Republikaner: "Kraten", "lsten", "Aner"*.<<

[68] Ernst Moritz Arndt (1769-1860). Poeta nacionalista alemán. Mucho después de su muerte, su propaganda antifrancesa y sus posiciones antisemitas fueron inspiradoras de las corrientes reaccionarias y fascistas en Alemania y Austria. Los nacionalsocialistas lo consideraron un precursor. <<

[69] Alude a la "Unión Aduanera", que algunos Estados alemanes suscribieron ya en 1834 y que ha sido considerada el puntapié de la reunificación alemana bajo Bismarck.<<

[70] Heinrich Lammasch (1853-1920): último Primer Ministro del Imperio Austro-Húngaro; partidario de la neutralidad de Austria, bajo su mandato se produjo la secesión de los territorios no germano parlantes.<<

[71] Apellidos muy característicos en la denotación de las múltiples nacionalidades que componían el Imperio.<<

[72] Traducción analógica de la expresión *keinen Hund vom Ofen.*<<

[73] Ernst Lissauer (1882-1937). Poeta mediocre, judío converso y nacionalista furioso, tenido por el "más alemán de los poetas judíos". En un libro que publicó en 1913 figura su "Poema de odio contra Inglaterra".<<

[74] Bahr pone los nombres despectivos que se les daba en el habla popular: *der Russ', der Franzos, der Britt'*.<<

[75] Bahr se refiere obviamente a la destrucción de la Europa del espíritu.

[76] Colores distintivos de la causa monárquica.<<

[77] Max Reinhardt (1873-1943). Célebre e innovador director teatral austríaco.
[78] Drama inconcluso de J. W. Goethe.
[79] Cfr. "En esta gran época", en este mismo volumen.<<

[80] En el original, *alplerischer*, término de uso peyorativo en Viena para referirse a los pastores alpinos.<<

Document Outline